



CHRISTUS

Revista Mensual

Aprobada y bendecida por el Vble.
Comité Episcopal

Bendecida Especialmente por
SS. SS. Pío XI y Pío XII

Año 5 - No. 59

"Omnia et in Omnia Christum"

10. de Octubre de 1940

SECCION DOCTRINAL

La Redención en las Epístolas y en el Apocalipsis de San Juan

— I —

ASPECTO NEGATIVO DE LA REDENCION

A) — EN EL APOCALIPSIS

Bajo diversos símbolos hallamos representados en el Apocalipsis los dos elementos que constituyen este aspecto: destrucción del pecado y liberación de la esclavitud de demonio.

El principal de dichos símbolos es el Cordero Redentor.

EL CORDERO DEL APOCALIPSIS

Hay una escena característica entre las demás, de grandiosidad divina, y que ocupa como el centro de todo el libro inspirado: tal es la adoración del Cordero, del cap. 5. La figura central de la misma, el Cordero, aparece serlo también de todo el libro, y aún podríamos añadir que es una de las más conocidas y populares de todos los Libros santos, uno de los símbolos más atrayentes, que ha formado el objeto de la más tierna piedad cristiana y ha sido sujeto preferido del arte cristiano de todos los tiempos.

Figura de subidísimo valor teológico en el simbolismo cristológico yoaeneo, que encontramos asimismo en el IV Evangelio, si bien no con los mismos matices que en Apocalipsis.

Hemos dicho que es como la figura central de todo el libro inspirado; el Cordero es como el protagonista, según resulta del examen de las escenas en que interviene.

Aparece por vez primera en el cap. 5, sin introducción o explicación previa, un Cordero «como sacrificado o degollado», el cual recibe un libro misterioso del Que estaba en el trono; a continuación el Cordero es adorado por toda la creación como Redentor. En el cap. 6 aparece abriendo los sellos del libro misterioso. En el cap. 7, los elegidos están en presencia del Cordero que los ha redimido (v. 9, 14). En el cap. 12 se atribuye la victoria de los santos sobre el Dragón a la virtud de la sangre del Cordero (v. 11). En el cap. 13 se menciona el «libro de la Vida del Cordero que ha sido sacrificado» (v. 8). En el cap. 14 aparecen los vírgenes «que han sido rescatados de la tierra» en compañía del mismo Cordero, a quien siguen a todas partes (v. 1-5). El cántico de Moisés y el del Cordero (cap. 15, 3 ss.). En el cap. 17 se anuncia la victoria del Cordero sobre sus enemigos (v. 14). Las bodas del Cordero (cap. 19, 7 ss.); la nueva Jerusalén, Esposa del Cordero; el Cordero templo, luz, vida, etc., de la Ciudad celeste (cap. 21 y 22).

Nada menos que 29 veces, en 11 capítulos, aparece en el Apocalipsis esta atrayente figura.

Resumiendo la doctrina cristológica aquí encerrada, resalta ante todo:

a) — la divinidad del Cordero: de ello no puede haber duda, puesto que es adorado por las criaturas, ya sólo, ya en unión con El que está en el trono; al mismo se dirigen las doxologías; tiene los siete Espíritus de Dios, etc.;

b) — pero al mismo tiempo es representado con rasgos que no pueden convenirle en cuanto Dios: aparece como víctima, se hace alusión a su sangre derramada y a su muerte, a su vida terrena; en una palabra, a su humanidad.

Uno de los rasgos característicos del Cordero apocalíptico y que por ahora más nos interesa, es el de Redentor: en la figura del Cordero se representa a Jesucristo precisamente en cuanto Mesías Redentor, como «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo».

Estudiemos en particular los pasajes donde resalta este concepto, que agrupamos bajo los siguientes epígrafes: Adoración del Cordero Redentor; los «Signados» o preservados; los Mártires; los Vírgenes; Liberación; la Victoria sobre el Dragón.

1. — Adoración del Cordero Redentor.

En el cap. 5, aparece el Cordero por primera vez y es aquí donde con más extensión se describe su oficio de Redentor, la obra por El llevada a cabo y la gloria consiguiente a la misma.

Después de habernos mostrado en grandioso cuadro, réplica de los similares de Ezequiel e Isaías, la glorificación de la Divinidad por toda la Corte celestial, en cuanto que Dios es el Señor y Criador del universo (cap. 4), se nos describe, en otro no menos grandioso, la gloria y exaltación del Cordero Redentor como autor de la nueva creación espiritual.

Aparece el Omnipotente sentado en su solio, teniendo en la mano un misterioso libro, símbolo, según parece, de los secretos destinos de la humanidad; libro que nadie, en el cielo ni en la tierra, podía abrir para conocer su contenido. Y como el Vidente llorara amargamente por esta causa, interviene uno de los 24 Ancianos:

«¡No llores; he aquí que ha vencido el León, el de la tribu de Judá, la Raíz de David, para abrir el libro y sus siete sellos.

«Y he aquí en medio del trono y de los cuatro Animales y en medio de los Ancianos un Cordero que se tenía en pie, como sacrificado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados por toda la tierra.

«Y vino y tomó (el libro) de la diestra del que estaba sentado en el trono. Y luego que hubo tomado el libro, los cuatro Animales y los 24 Ancianos se prosternaron ante el Cordero, teniendo cada uno una cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos.

« Cantaban diciendo:

Digno eres de recibir el libro — y de abrir sus sellos; — porque has sido sacrificado, — y has comprado con tu sangre — para Dios — (hombres) de toda tribu, — y lengua y pueblo y nación. — Y has hecho de ellos — para nuestro Dios, — reino y sacerdotes, — y reinarán sobre la tierra.

«Y vi (nuevamente) y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono y de los Animales y de los Ancianos; y su número era de miríadas de miríadas y miles y miles; que decían en alta voz:

Digno es el Cordero — que ha sido sacrificado, — de recibir el poder y la riqueza, — y la sabiduría y la fortaleza — y el honor y la gloria — y la bendición.

«Y oí a toda criatura que está en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y en el mar y a todo lo que en ellos hay que decían:

Al que está sentado en el trono — y al Cordero, — la bendición y el honor, — y la gloria y el poder — por siglos de siglos.

Y los cuatro Animales decían: amén. Y los Ancianos se prosternaron y adoraron».

Esta escena magnífica, tan bien caracterizada por los Van Eyck, encierra profundos misterios y altos conceptos dogmático-cristológicos, bajo la envoltura de un simbolismo continuado; es, como hemos dicho, el reconocimiento y la adoración de Cristo Redentor por todas las criaturas.

Examinándola advertimos al principio de la misma un notable contraste: se anuncia al Vidente la victoria del «León de Judá» que había merecido abrir el libro misterioso (v. 5) y he aquí que aparece el anunciado en forma no de león sino de Cordero, y de Cordero sacrificado o inmolado: contraste que han notado casi todos los intérpretes.

Luego, es de notar el modo con que introduce S. Juan la figura del Cordero, de quien habla como de algo ya conocido, al

menos en parte, puesto, que no dice a quién representa o figura, como lo hace otras veces.

La palabra *arnion*, diminutivo de *aren*, significa propiamente cordero, corderito (agnus, agnellus). El término *arnion*, sólo San Juan lo usa en todo el Nuevo Testamento.

El Cordero estaba «como inmolado o sacrificado».

El verbo *sfazo*, que asimismo sólo encontramos en San Juan en el Nuevo Testamento y que en los LXX, es casi siempre traducción del hebreo *shajath* como término *sacrificial*, por más que no encierre necesariamente este último significado, con todo, casi siempre se usa en este sentido, y en el pasaje que estudiamos ciertamente lo tiene.

El Cordero aparecía, pues, llevando la marca sangrienta del sacrificio. Con todo, no estaba muerto, puesto que se tenía en pie, tenía siete cuernos (símbolo, como es sabido, de gran poder en la S. Escritura), y vino luego a recibir el misterioso libro.

En el maravilloso cántico que se entona luego de esta toma de posesión, se especifica mejor la idea de sacrificio y sacrificio redentor:

«porque has sido sacrificado, — y con tu sangre has comprado para Dios — (hombres de toda tribu y lengua...)»

El mismo verbo *sfazo* para indicar la occisión del Cordero; paralelamente a esta idea, la calidad o mejor, el fin del sacrificio: *agorazein* comprar alguna cosa, mediante el pago correspondiente, que en este caso es la «sangre del Cordero». Compró «para Dios» (dativo de provecho). Pero los así rescatados o comprados no son esclavos de su nuevo dueño, antes «reinarán sobre la tierra». Este rescate es universal: «de toda tribu y lengua y pueblo y nación», frase estereotipada para significar toda la humanidad.

Evidentemente se trata de una verdadera Redención, en su sentido objetivo; redención espiritual, y que se presenta bajo el aspecto de compra o rescate.

Por lo demás, el Cordero por la Redención adquirió cierta soberanía sobre los redimidos: por la misma ha merecido «recibir el libro», y «abrir sus sellos», o revelar sus secretos; por la misma se ha hecho acreedor o ha merecido de la humanidad la adoración, «la gloria y la bendición» por todos los siglos.

VALOR DOGMÁTICO DEL SÍMBOLO DEL CORDERO EN EL APOCALIPSIS

¿Cuál es el propio valor dogmático del simbolismo del Cordero aplicado a Jesucristo por San Juan? Ante todo, y aun prescindiendo del origen literario probable de esta figura, es cierto que, en la escena que hemos examinado, por sí misma expresa la idea de verdadera redención, idea que está contenida en la metáfora de compra o rescate. En segundo lugar, resalta el concepto de expiación dolorosa por parte del Redentor, como lo indica el derramamiento violento de su sangre: expiación que re-

viste precisamente el carácter de sacrificio, según denota el mismo verbo *sfazo* usado y todo el contexto. En efecto, toda la escena reviste el carácter de una grandiosa Liturgia celeste; el centro de la misma es sin duda el Cordero, precisamente como víctima *sacrificial*, cuya muerte redentora se celebra o conmemora permanentemente por los redimidos.

Pero además, y para comprender mejor todo su valor, hay que tener en cuenta el origen literario de esta figura del Apocalipsis.

Hemos notado el modo con que la introduce San Juan, sin dar ninguna explicación acerca de la misma, sino como aludiendo a algo ya conocido, siquiera de algún modo, por sus lectores; es éste un indicio que no debe despreciarse a nuestro entender. En cuya confirmación tenemos el hecho de que San Juan es el único de los evangelistas que nos refiere el testimonio del Bautista acerca del «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo». Más aún: el mismo evangelista habla de la figura mesiánica del «Cordero pascual» verificada en Jesucristo. Esto supuesto, nada más natural que relacionar estas figuras yoneas evangélicas con la del Apocalipsis. Así lo han hecho con razón los intérpretes.

Respecto de la primera figura evangélica, o sea la del testimonio del Bautista, acerca de Jesucristo como «Cordero de Dios», en ella han reconocido generalmente los Santos Padres y exégetas alusión a una o varias figuras mesiánicas del Antiguo Testamento, que tuvieron su realidad en la persona de Jesucristo. Tales figuras son: el cordero del sacrificio cotidiano en el templo (Lev. 14, 13); el cordero pascual (Ex., 12, 1-20); el pasaje de Isaías en que el Siervo de Yahweh es comparado a un cordero (Isaí. 53, 7), pasaje que encontramos asimismo citado, indicando su cumplimiento en Jesucristo, en los Hechos Apostólicos (Act., 8, 32); y finalmente el conocido texto de Jeremías, quien, representando tipológicamente la persona del Mesías, se compara a sí mismo a un cordero (Jer. 11, 19).

Creemos probable que la expresión de «Cordero de Dios» en labios del Bautista, alude sobre todo al texto de Isaías, aunque tal vez teniendo presentes de algún modo las otras figuras citadas.

Esto por lo que hace al primero de los textos evangélicos, donde San Juan se limita a referirnos el testimonio del Bautista.

Pero por su parte el mismo evangelista reconoce expresamente, en el segundo de los textos, Jo. 19, 36, como verificada en Jesucristo, la figura del Cordero pascual.

Volviendo ahora al Apocalipsis, nos parece más probable que el origen simbólico del Cordero sacrificado está enlazado con el segundo de los textos evangélicos citados (Jo. 19, 36), que es donde aparece el pensamiento propio de San Juan; o sea, que se alude primariamente al Cordero pascual, y bajo este aspecto se presenta el sacrificio redentor de Jesucristo; por más que también se conserven algunos o todos los elementos, tomados de Isaías, de los corderos sacrificales, de Jeremías, en conformidad

con lo que hemos dicho del significado del testimonio del Bautista. Resumiendo en pocas palabras la doctrina soteriológica contenida en la escena de la adoración del Cordero: se presenta la Redención bajo su aspecto de sacrificio cruento, cuya víctima aparece con los rasgos de Cordero pascual. Efecto del sacrificio es la compra o rescate. Carácter de esta Redención es la universalidad.

Pasemos a estudiar otros pasajes y figuras del Apocalipsis acerca de la Redención.

2. — Los «signados» o preservados.

Después del anuncio de las plagas que habían de azotar al mundo hasta su completa destrucción, anuncio contenido en el cap. 6 (apertura del sexto sello) y antes de describir el progresivo desarrollo de dichas plagas, los «servidores de Dios» son marcados con el sello divino, a fin de preservarlos de los males que estaban por venir.

Primeramente se habla de los 144.000 preservados de Israel. En seguida añade:

«Después de esto vi: y he aquí una turba numerosa que nadie podía contar, de toda nación, y de (todas) tribus, pueblos y lenguas, que estaban en presencia del Cordero, con blancas vestiduras y palmas en las manos. Y clamaban con grande voz diciendo: la salvación se debe a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero».

ATENTO RUEGO

Cuando visite usted a la Virgen Santísima de Guadalupe en su I. y N. Basílica, no deje de adquirir sus «recuerdos» en esta su casa, donde hallará el más completo surtido en ARTICULOS GUADALUPANOS, así como en Rosarios, Medallas, Cadenitas, Crucifijos, Escapularios, Velas de cera, Opúsculos, Esculturas, Devocionarios, Libros y otros preciosos articulos especiales para recuerdo y regalo a sus familiares y amigos. Si no puede usted venir, le enviaremos lo que desee por Correo Reembolso o Express C.O.D.; todo a menor precio posible y cuidadosamente empacado.

Colecturía General de la Basílica

José Alvarez B.

Plaza Hidalgo, 5

Apartado Postal N.º 7.

(Junto al atrio del Templo)

GUSTAVO A. MADERO, D. F. (Antes Guadalupe Hidalgo).

Entonces adoran y alaban a Dios en unión de toda la Corte celestial. Uno de los Ancianos instruye al Vidente, acerca de «la turba numerosa»: «Estos son los que vienen de la grande tribulación, y han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero».

«Por esto están en presencia del trono de Dios, y le sirven día y noche... No tendrán hambre ni sed... ni calor, porque el Cordero que está en medio del trono, les apacentará y les guiará a las fuentes del agua de la vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos». (Apoc. 7, 2).

Acercas de este pasaje hay que decir: — a) - la preservación se refiere tanto al primer grupo, de los 144.000, como al segundo de la «turba innumerable», aunque bajo distintos aspectos: — b) - en los «signados de Israel» ven generalmente los intérpretes a los judíos convertidos al cristianismo, probablemente a todos (no sólo a los de los primeros siglos), representados bajo el número simbólico de 144.000. Se les distingue de un modo especial por tratarse del pueblo escogido, a quien primeramente se dirigió la Buena Nueva, y ser los mismos hermanos según la carne del Redentor; — c) - en la «turba innumerable» se representa a todos los elegidos, a todos los que se han de salvar hasta el fin de los siglos.

Estos últimos, o sea, todos los elegidos atribuyen la salvación a Dios y al Cordero, de modo indivisible. De todos ellos se dice «que han lavado sus vestiduras (o sea sus almas) en la sangre del Cordero», y a esto último se atribuye su salvación: «por esto están en presencia del trono de Dios». A la misma redención deben su felicidad: «El Cordero les apacentará y les guiará a las fuentes de agua de la vida».

Como se ve, aparece la idea de Redención bajo el aspecto de purificación: el medio o instrumento de ésta es la sangre del Cordero: expiación dolorosa, en la que se indica su Pasión y muerte.

3. — Los Mártires.

En el cap. 12, 11, se atribuye la victoria de los mártires sobre el Dragón, a la sangre del Cordero: «Y ellos le han vencido en virtud de la sangre del Cordero y en virtud de la palabra de su testimonio, y no han tenido amor a sus vidas, hasta morir».

4. — Los «vírgenes».

En el cap. 14 aparece en bellísima visión «el Cordero que estaba sobre el monte Sión, y con El 144.000 que tenían escrito en sus frentes el nombre de El y el nombre de su Padre... Y cantaban como un cántico nuevo en presencia del trono y de los cuatro Animales y de los Ancianos, y nadie podía cantar el cántico, sino los 144.000, los que han sido rescatados de la tierra. Estos son los que no se han mancillado con las mujeres, porque

son vírgenes; estos son los que siguen al Cordero doquiera que va; éstos son los que han sido comprados de entre los hombres, primicias para Dios y para el Cordero».

«Y en su boca no se ha encontrado mentira; son sin mancha» (Apoc., 14, 1).

En estos 144.000 que siguen al Cordero, la tradición ha visto siempre, en conformidad con el sentido literal del contexto, a los vírgenes, en sentido propio. Ahora bien, esta pureza y carencia absoluta de mancha, se atribuye a una especie de Redención preservativa por parte del Cordero; Redención figurada bajo el aspecto de compra o rescate. Ellos son «las primicias para el Cordero», o sea les están consagrados de un modo especial y muy agradable a los mismos.

5. — Liberación.

No sólo bajo el aspecto de sacrificio y de rescate se figura la Redención; en la introducción dirige San Juan a Jesucristo la siguiente doxología.

«Al que nos amó y nos ha desatado o librado de nuestros pecados por su sangre, y nos ha hecho reino, sacerdotes, para Dios y su Padre, a El la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén».

Por el pecado estábamos como prisioneros, encadenados bajo el yugo del pecado mismo y del demonio; Jesucristo, por medio de su sangre nos desató y libró de ese yugo, dándonos la libertad. Más aún: nos transfirió de esta servidumbre al reino espiritual de Dios.

En este texto se indica además expresamente el principio de donde procedió la obra de la Redención o sea la caridad infinita del Redentor «Al que nos amó y nos libró»; la partícula *kai* tiene como otras veces, el sentido de causal; porque nos amó, por eso nos libró....

6. — La victoria sobre el dragón.

Un último aspecto de la Redención que ilumina los anteriores, se nos descubre en el cap. 12, tan lleno de misterios y de doctrina.

Para comprenderlo debidamente advertimos (siguiendo la opinión de Allo y otros autores) que en él parece hacerse una especie de recapitulación de la historia de la humanidad redimida, a comenzar desde el nacimiento del Mesías.

Antes de que naciera Este, ya aparece en escena el Dragón, soberbio y poderoso «con siete cabezas y diez cuernos» como dice San Juan en su estilo apocalíptico, y llevando «siete diademas en sus cabezas»; con su cola arrastraba «la tercera parte de las estrellas del cielo».

El Dragón, se nos explica luego (v. 9), es el diablo, Satanás, la Serpiente del Génesis. Aparece aquí como rey, según lo dan

a entender las diademas y el poder de que dispone: su reino, no puede ser otro que el mundo, puesto que era «el fuerte armado», más aún: «el Príncipe de este mundo», que dominaba en el mismo, antes de la venida de Cristo. Súbditos suyos eran todos los hombres pecadores; cuyo dominio se fundaba únicamente en el pecado, puesto que por el pecado se sujetaron en cierto modo voluntariamente a su servidumbre todos los descendientes de Adán.

Pero ya este dominio le va a ser arrebatado por uno más fuerte que él.

En el v. 5 se anuncia ya que «el hijo varón», el Cristo, había de regir a todas las naciones del mundo. Este anuncio es como una declaración de guerra: la lucha con el Dragón ha empezado. El Mesías es arrebatado al cielo, al trono de Dios, y como consecuencia de esto (nótese bien) se entabla una lucha entre los ángeles buenos y el Dragón con los suyos. Este es derrotado y arrojado a la tierra. Entonces se entona en el cielo un himno de triunfo.

«Ahora se ha hecho la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios y el dominio o imperio de su Cristo: puesto que ha sido ya precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche en la presencia de nuestro Dios. Y ellos le han vencido en virtud de la sangre del Cordero y en virtud de la palabra de su testimonio....» (v. 11).

Para la inteligencia de este nada sencillo pasaje, es imprescindible tener en cuenta su carácter histórico-profético. Consta de una serie de fases o cuadros, uno de los cuales reflejan hechos ya pasados; otros, futuros; todos ellos casi superpuestos, como en un mismo plano, tal y como se presentan a los ojos y a la mente del Profeta. Es muy dificultoso por lo mismo para nosotros el distinguir netamente, cronológicamente, cada una de las fases de aquél, encuadrarla en su respectivo marco histórico.

Así por ejemplo, no sabríamos decir con certeza si la lucha aquí descrita entre Miguel y sus ángeles contra el Dragón y los suyos, se haya de identificar con la primera, en que fueron arrojados del cielo, o bien con la segunda, con el triunfo que sobre ellos obtuvo Cristo por medio de su Pasión y Resurrección. Ambas interpretaciones se han dado; sin embargo, «por el contexto inmediato y por todo el espíritu del libro, dice Allo, es evidente la segunda». Pero tampoco parece pueda negarse una alusión a la primera. «Como que continúa o se renueva la lucha del principio», dice Alcázar.

En todo caso, siempre es cierto que esta victoria sobre el Dragón se atribuye propiamente al Cristo.

En efecto:

a) — el Dragón lucha contra «el hijo varón», a quien «per sigue para devorarlo»;

b) — del «hijo varón» se anuncia que «había de regir a todas las naciones»; y por otra parte ya hemos dicho que el Dragón se arrogaba el dominio del mundo, era «el príncipe de este mun-

do»: los intereses de ambos se oponen radicalmente;

c) — la lucha entre Miguel y el Dragón se presenta precisamente como consecuencia de la exaltación del Mesías y se deja bien comprender que la armada angélica era un instrumento de Cristo para vencer al Dragón;

d) — inmediatamente después de esta victoria, como resultado de la misma, se pregona el establecimiento del «reino de Dios y el imperio de su Cristo».

Ahora bien: esta victoria sobre el Dragón la obtuvo ciertamente Cristo por medio de su Pasión y muerte redentoras. Así lo prueba el pasaje del Evangelio de San Juan, antes mencionado, referente al momento histórico en que Jesucristo, pocos días antes de su Pasión exclamaba: ha llegado el juicio de este mundo; ahora será arrojado fuera el príncipe de este mundo. Y Yo, cuando haya sido levantado sobre la tierra, atraeré a mí todas las cosas (esto lo decía significando con qué muerte había de morir). (Jo. 12, 31).

Luego la derrota del Dragón, el triunfo del Mesías sobre el mismo, el establecimiento del reino de Dios en lugar del de aquél en el mundo, y por lo mismo la destrucción del pecado, en que se fundaba el dominio del demonio sobre los hombres, todo ello se debe a la muerte redentora del Cordero. Junto con el reinado del Cordero y como efecto de la Redención, se establece la salvación en el mundo.

Y no sólo esto; como corolario y prolongación de la victoria del Redentor sobre el Dragón, también los fieles sus servidores han vencido a éste: «en virtud y por medio de la sangre del Cordero», en virtud de la Redención.

El «libro de la vida», en que están escritos los nombres de todos los que se han de salvar, de los elegidos, pertenece al Cordero «que ha sido sacrificado» y precisamente porque ha sido sacrificado (Apoc., 13, 8).

b) — EN LAS EPISTOLAS

Si del Apocalipsis pasamos a las Epístolas yoaicas, las hallamos también abundosas en doctrina soteriológica; algunos de cuyos conceptos completan e iluminan con nueva luz los ya estudiados.

Estos conceptos o mejor, aspectos de la Redención, se reducen a cinco principales: — 1) - purificación del pecado: *catharismos*; — 2) - remisión del mismo: *afesis*; — 3) - propiciación: *ilasmós*; — 4) - ablación del pecado: *airésis*; — 5) - Jesús Salvador: *Soter*.

1. — Purificación. — *Catharismós*.

Comenzamos con el siguiente texto, en que se advierten casi todos los conceptos familiares a San Juan: «Dios es luz... si nosotros andamos en la luz, al modo como El está en la luz, te-

tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado... Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es para borrar nuestros pecados y purificarnos de toda injusticia» (1. Jo., 1, 7-10).

Supuestas las dos condiciones «si andamos en la luz» y «si confesamos nuestros pecados», se afirma de modo categórico la virtud purificativa y redentiva de la sangre de Jesús.

Es de muy honda significación el *catharizei* del primer miembro: nótese en efecto que se dice: *purifica*, en tiempo presente, una acción que se verifica actualmente. Jesucristo no solamente nos purificó una vez del pecado por medio de su sangre redentora, sangre que se nos aplica a los fieles en el bautismo. Porque aún después de regenerados, siempre y de continuo necesitamos de nueva purificación en tanto que vivimos, puesto que, como afirma el mismo San Juan, nadie puede decir en esta vida: «yo no tengo pecado» (1. Jo., 1, 8, 10); por eso la sangre de Jesús obra en nosotros esta purificación perenne, siempre activa. Fecundidad perpetua debida a su eficacia infinita, y que podemos comparar en su tanto a la actividad divina de la creación del universo, eternamente operosa.

Por lo demás, Jesucristo no sólo nos ofrece el medio o instrumento de purificación, que es su sangre divina, sino que El mismo perdona, en cuanto Dios, nuestros pecados; El, que es justo por excelencia, *dikaíos*, es el único que puede borrar nuestra injusticia, *adikía*. Su misma sangre, la sangre de Jesús, no podría purificarnos y redimirnos si no fuera la sangre de un Dios-hombre, como se expresa enérgicamente Beda.

El valor purificativo y redentivo de la sangre de Jesús, infinito en eficacia, es por lo mismo de universal extensión, como que se extiende a todo pecado, a toda injusticia: no se pone límite alguno al mismo.

2. — Remisión: — *Afesis*.

La remisión de nuestros pecados es real y efectiva, no aparente, no ficticia. Por eso San Juan dirigiéndose a los fieles les dice con absoluta confianza: «Os escribo, hijitos, que vuestros pecados os han sido perdonados (os son perdonados, según la Vulgata), a causa o en virtud de su nombre» (1. Jo., 2, 12).

Como quien dice: os escribo para aseguraros y para que tengáis absoluta certeza de que vuestros pecados os han sido ya perdonados, y esto por los méritos de Jesucristo. Y se os han perdonado de modo definitivo (como lo expresa el perfecto *aféontai*, fueron y quedan perdonados).

3. — Propiciación: — *Ilasmós*.

Aspecto interesante de la Redención. San Juan dice a los fieles: «Hijitos: estas cosas os escribo para que no pequéis; pero aún cuando alguno pecare, Abogado e intercesor tenemos para

con el Padre: a Jesucristo justo. Y El mismo es propiciación por nuestros pecados: no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1. Jo., 2, 2).

Les escribe para apartarlos del pecado; pero no ignora, antes lo ha reconocido antes expresamente, que todos somos trágicos y no podemos vivir nunca del todo libres de algún pecado. Por eso los conforta e infunde confianza, recordándoles que Jesucristo aboga e intercede continuamente por nosotros ante Dios, y satisface de continuo por nuestros pecados.

El es *parákletos*, esto es: Abogado, Patrono o Defensor nuestro ante el Padre; como que perora nuestra causa ante el tribunal de la justicia divina.

Pero, sobre todo, El mismo, Jesucristo, es propiciación por nuestros pecados.

El verbo *iláscomai* significa: aplacar, tornar propicio a uno. Pero también «expiar», o sea, la misma acción de satisfacer o compensar una injuria, con el fin de aplacar a la persona ofendida.

Ahora bien, la acción de satisfacer, tratándose de Dios, consistía comúnmente en el Antiguo Testamento, en el sacrificio expiatorio, por el que se conseguía hacerle propicio.

La palabra *ilasmós* tiene el doble significado de aplacamiento, o sea, el fin que se propone con el sacrificio, y expiación o sacrificio expiatorio, esto es, el medio de aplacar.

En nuestro caso, diciendo que Jesucristo es *ilasmós*, se significa que El es la víctima, el sacrificio expiatorio, por el que, aplacado Dios Padre, nos perdona la ofensa inferida por el pecado, y nos es de nuevo propicio. Víctima y sacrificio de eficacia y actividad continuas: Jesucristo es siempre nuestra Víctima y nuestro sacrificio: de valor infinito y universal, como que basta y sobra para expiar los pecados presentes y futuros de todo el mundo.

Por lo demás, debemos esta Víctima y sacrificio a la caridad infinita del Padre: «En esto se mostró la caridad de Dios para con nosotros, en que envió a su Hijo Unigénito al mundo para que vivamos por El...: envió a su Hijo propiciación por nuestros pecados» (1. Jo., 4, 9). Y volvemos a notar cómo la iniciativa de la Redención se atribuye nuevamente al Padre.

Es interesante recordar con Beda la lección de algunos códices latinos sobre este versículo: «*Misit Filium suum litatorem pro peccatis nostris; Litator autem sacrificator est. Sacrificavit autem Filius Dei pro peccatis nostris, non hostias pecudum, sed seipsum offerendo.*»

Finalmente, acerca del doble oficio de Jesucristo, de Abogado y Propiciación por nuestros pecados, dice profundamente el mismo Beda: «*Qui per humanitatem interpellat pro nobis apud Patrem, idem per divinitatem propitiatur nobis cum Patre.*»

Del concepto de Propiciación tal como lo hemos explicado, se sigue que Jesús ofreció para expiación de nuestros pecados, un sacrificio: sacrificio en el que era a un tiempo Sacerdote y

Hostia: Sacrificador y Víctima.

Este sacrificio consistió en el de su propia vida, que entregó por nosotros: «En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que El dió su vida por nosotros» (1. Jo., 3, 16).

4. — Ablación del pecado: — Aíresis, destrucción del mismo.

El fin principal, si no único, de la Misión divina de Jesucristo, es éste: «Ya sabéis que El se manifestó con el fin de quitar nuestros pecados (1. Jo., 3, 5); «Con este fin se manifestó el Hijo de Dios: para destruir las obras del diablo» (1. Jo., 3, 8). Acerca del verbo *aírein* hay que advertir que como su correspondiente latino «*tollere*», puede tener doble acepción: o bien simplemente «quitar», «remover», o bien «quitar» tomando sobre sí. En el primero de los textos citados, comparándolo con el pasaje semejante del Evangelio: «He aquí el Cordero de Dios que quita, «o aíron», los pecados del mundo» (Jo. 1, 29), parece tener el segundo sentido: si tenemos en cuenta que en este último pasaje parece aludirse a Isaías: «Verdaderamente El llevó sobre sí, nuestras enfermedades... El llevó sobre sí, los pecados de muchos» (Is., 53, 4).

En cuyo caso el verdadero sentido sería: que Cristo, con el fin de librarnos de nuestros pecados, los tomó sobre sí, pagando en su Pasión las penas que habíamos merecido por los mismos. O bien, como se expresa Estio: «Cristo, tomando sobre sí nuestros pecados, los destruyó. Y ciertamente, primero como Cordero o sea, como hombre-víctima, los llevó sobre sí, en la naturaleza en que podía padecer; y además, con su paciencia nos mereció la destrucción de los mismos. En segundo lugar, como Dios, El mismo los borró y destruyó con su poder infinito».

A continuación añade San Juan: «Y en El no hay pecado» (1. Jo., 3, 5), maravillosamente queda caracterizado su oficio de Redentor: Cristo, porque inocentísimo, por eso pudo redimirnos. Como se expresa enérgicamente San Pablo: «Al que no conoció pecado, Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos justicia»; o sea Jesucristo tomó sobre sí nuestros pecados, apareciendo como pecador a los ojos del Padre, con el fin de satisfacer por los mismos.

5. — Jesús Salvador: — Sotér.

Notemos simplemente que el título «salvador», se prodigó grandemente en el mundo pagano, sobre todo en la época inmediata, que precedió y siguió a la venida de Cristo; se daba a reyes, emperadores y falsos dioses. Muchas religiones de origen oriental y helenístico se valían también de la atracción mágica que ejercía esta idea de «salvador, salvación», prometiendo a sus adeptos librarlos ya de los males de esta vida, ya de los terrores del «más allá», de sus pecados, etc. Indica preciso de la necesidad urgente que sentía ya la humanidad culpable

ble de un verdadero Redentor. Pero ni éstas, ni aquellos, en realidad podían llenar el significado del título que falsamente se arrogaban. Sólo Jesucristo, legítimo mandatario de Dios, y Dios El mismo, podía salvar, librar a la Humanidad del verdadero, del mayor mal, del pecado. A El sólo, por lo mismo, le conviene con toda justicia el nombre de Salvador: ésta es como su definición, Salvador del mundo: «Envió el Padre a su Hijo Salvador del mundo» (1. Jo., 4, 14).

REALIDAD DE LA REDENCION: SANGRE REDENTORA MUERTE REAL

Como conclusión notamos el vigoroso realismo yonaeo con que se expresa el dogma de la Redención; y eso aún dentro del género simbólico propio del Apocalipsis: nunca pierde de vista los hechos históricos, digámoslo así, en los que enraiza el dogma; no nos presenta éste tan elaborado, como se advierte v. gr. en San Pablo, sino que aún nos lo describe, casi como en el Evangelio. Es una característica de la cristología yonaea, propia de quien ha vivido (y aquí si que usamos esta frase, naturalmente, en su absoluto realismo), de quien ha sido testigo íntimo de toda la vida del Redentor, de los hechos dogmáticos, fundamento de nuestra fe.

Como prueba de ello, sólo nos fijaremos primeramente en la frecuencia con que habla de la sangre redentora, purificadora de Jesús. Ya advertimos en otra parte el insistente realismo con que la hallamos mencionada, tanto en las Epístolas como sobre todo en el Apocalipsis y cómo parece denotar en San Juan una preocupación apologética en favor de los dogmas de la humanidad real de Jesucristo y de la Redención.

San Juan no olvida nunca de recordárnosla esta sangre redentora de Jesús, la sangre verdadera que formaba parte de su humanidad santísima.

Aún cuando nos le describe glorioso y triunfante: así en el cap. 19, en la gloria deslumbrante del Verbo de Dios, como rey poderosísimo y vencedor de todas las potestades de la tierra y del infierno, dice del mismo «que sus vestiduras estaban salpicadas de sangre» (v. 13). Es verdad que, dada la probable alusión a Isaias, esta sangre, en sentido literal, parece significar la de sus enemigos vencidos; pero los exégetas reconocen también en la misma la sangre redentora del Verbo, por la que consiguió la victoria sobre aquellos.

En segundo lugar, se recuerda varias veces el hecho de la muerte real del Redentor. Ya en algunos de los pasajes o textos examinados se deja entender ésta, puesto que el ser sacrificado o inmolado; el redimirnos o purificarnos con su sangre, etc., suponen el derramamiento de ésta última, y por lo tanto, la muerte del Redentor. Pero, además, encontramos algunas veces este hecho afirmado expresamente: «En esto hemos conocido el amor de Dios, en que El (Jesucristo) ha dado su alma o su vida por

nosotros» (1. Jo., 3, 16); la dicción varias veces usada por nuestro Autor (Jo., 10, 11), es de origen semítico y significa, o bien «vitam suam impendere, eam ceu pignus vel pretium redemptoris deponere», o bien, «vitam ceu vestem deponere, id est exuere».

En todo caso indica la muerte, y precisamente una muerte voluntaria.

En el Apocalipsis, 1, 5, es llamado Jesucristo «primogenito de los muertos» (idea asimismo paulina, cfr. Col. 1, 18); más tarde dice de sí mismo Jesús: «esto dice el que fue muerto (Apoc., 2, 8); y el coro de los redimidos canta: «porque fuiste sacrificado o muerto. (Apoc., 5, 9); y en otro lugar «he aquí que viene por las nubes y le verá todo ojo y los que le traspasaron» (Apoc., 1, 7); en donde es de notar el término que usa asimismo en el Evangelio (Joa., 19, 37), citando a Zacarías (Zac. 12, 10), al referir la lanzada que dió un soldado al cuerpo muerto de Jesús, de cuya herida manó milagrosamente sangre y agua. La insistencia del Apóstol al afirmarlo precisamente en su calidad de testigo ocular, es un testimonio firmísimo de la verdad o realidad del cuerpo humano de Cristo, y del hecho de su muerte que supone.

Finalmente en otro texto del Apocalipsis se hace mención expresa de la crucifixión y por tanto de la muerte de Jesús, en sus circunstancias históricas.

Hablando de los «dos testigos», dice el Autor que serán muertos por la Bestia y que sus cadáveres yacerán «en la plaza de la gran ciudad que se llama espiritualmente Sodoma y Egipto. donde asimismo fue crucificado su Señor», recuerda ciertamente un hecho histórico, la muerte en cruz de Jesucristo, el Señor de los Profetas, en Jerusalén.

Alfonso Rivera, C. M. F.

AD SSM. COR JESU

Rhythmus

Cor Jesu, fac ut mihi moriar:
Cor Jesu, praesta ut tecum lugeam:
Cor Jesu, da te corde diligam:
Cor Jesu, illustra meam semitam:
Cor Jesu, lava me a sordibus:
Cor Jesu, mea esto requies.

In rhythmo connotantur:

Crux (mors mystica): «Mihi autem absit gloriari».
Spinæ (ingratitude): «Sed tu, homo pacis meae».
Flammæ (amor): «Sed æmulemur cordibus».
Lux, lumen, illuminatio, splendor, ut in S. Litteris.
Sanguis: «Hi qui amicti sunt».
Vulnus (mansio, requies): «ut piis esset requies».

Thomas Twaites.

Crista Rey

(Explicación de Col., 1, 12-20)

La idea dominante de la Epístola a los Colosenses, y de manera especial del pasaje que nos va a ocupar, es la de la absoluta supremacía de Cristo. Creo, por consiguiente, muy oportuno hacer una ligera exposición de los tesoros que allí se contienen.

La Comunidad de Colosas estaba formada en su mayor parte de paganos convertidos a la Fe. Por eso fue relativamente fácil para los falsos doctores, inquietarlos con la predicación de errores muy llamativos para su mentalidad, tales como la existencia de espíritus increados, por cuyo medio, más que por el de Cristo, debía el hombre procurar su acercamiento a Dios. Había, pues, en las falsas doctrinas, algo de teosofía o de agnosticismo y de varias prácticas judías y de otros ritos orientales, ayunos y austeridades rigurosas, que parecían darles superioridad sobre el mismo Cristianismo.

San Pablo, que se hallaba cautivo en Roma, al saber el peligro que corrían los Colosenses, les escribió esta Epístola, que tiene sus tintes muy acentuados de polémica, y comenzó por restituir en ella a Cristo toda su grandeza, no sólo con respecto al Padre, sino también con respecto a todos los seres criados y a la Iglesia. Esto es lo que vamos a examinar.

Según su costumbre, entra San Pablo en materia, encadenando insensiblemente, saludos con acción de gracias y con petición, hasta llegar a la exposición de la doctrina.

Sin cesar, dice, ha pedido para los fieles gracias celestiales que son un compendio acabado de lo que debe ser la vida digna de quien ha sido llamado al Reino de Cristo: «*Ut impleamini agnitione voluntatis eius... ut ambuletis digne Deo... in omni virtute confortati secundum potentiam claritatis eius...*», ayudados con todo el poder glorioso de Dios para este fin. Hasta que llega al tema que nos ocupa: «*Gratias agentes Deo Patri...*» Sólo que, por motivos de adaptación a la Liturgia, se lee en el Misal y en el Breviario: «*Gratias agimus Deo Patri...*», sin que cambie el sentido.

Pide, pues, que lleven una vida que sea una acción de gracias constante a Dios Padre. Y, ¿por qué motivo? Porque este Padre es «*qui dignos nos fecit in partem sortis sanctorum in lumine*». Propiamente es, según el griego: «*Qui idoneos nos fecit*». Por consiguiente, el sentido es: El Padre nos ha hecho capaces de tener nuestra parte o herencia (que se conseguía tantas veces en el Antiguo Testamento por suerte), en aquel bien a que han sido llamados los santos o cristianos y que se puede decir que está situada en una atmósfera de luz.

Y que haya motivo más que suficiente de agradecimiento a Dios, se ve por la descripción que hace San Pablo de ese bien adquirido. Primero negativamente: «*Eripuit nos de potestate tenebrarum*»: nos arrancó de la tiranía de las tinieblas y del prin-

Sagrarios de Seguridad

Contra robos sacrilegos

Tenemos instalados un gran número de ellos en diversas parroquias de la República.



Gran Herreria Gabelich,

S. A.

Dr. Lucio 191

México, D. F.

cipe de las tinieblas en que vivíamos antes del bautismo. Después positivamente: «*Transtulit in regnum Filii dilectionis suae*»; nos trasladó, como cosa ya rescatada por el bautismo y gracias a los méritos de Cristo, al reino de este Hijo suyo que es objeto de su singular amor.

El primer efecto de esta liberación y traslación es: «*In quo habemus redemptionem (per sanguinem eius, tiene actualmente nuestra Vulgata), remissionem peccatorum*», porque el haber sido radicalmente borrados nuestros pecados ha sido el primer efecto de la redención obrada por el Hijo del amor del Padre, efecto aplicado a nosotros por el bautismo, que nos incorpora a Cristo («*in quo*»).

A esto aludía San León Magno en aquellas famosísimas palabras (Sermo I in Solemnitate Nativitatis D. N. I. Ch. n. 3, que leemos en la noche de Navidad): «*Agnosce, o christianae, dignitatem tuam; et divinae consors factus naturae, noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire. Memento cuius capitis et cuius corporis sis membrum. Reminiscere, quia erutus de potestate tenebrarum, translatus es in Dei lumem et regnum*».

Llegado a este punto, expone el Apóstol la infinita trascendencia de este Hijo que nos ha rescatado, con unas palabras que no sólo son el punto más importante de su Epístola en su aspecto teológico, sino que apenas admiten comparación con otros pasajes (como Eph. 1, 20-23; Phil. 2, 6-11; Hebr. 1, 1 ss.).

Para ello nos hace ver la grandeza de Cristo:

I. — En sus relaciones con Dios.

II. — En sus relaciones con el universo creado.

III. — En sus relaciones con la Iglesia.

I. — En sus relaciones con Dios: «*Est imago Dei invisibilis*»; es la imagen del Dios invisible, como lo dice en otros lugares (p. ej. 2, Cor. 4, 4; Hebr. 1, 3) y como se anunciaba ya en la Sábida (Sap. 7, 26).

Y, aunque por sí la imagen, sólo indica parecido y derivación, como la fotografía de una persona o el hijo de otro hombre; Cristo imagen del Padre indica imagen sustancial y viva, que reproduce en sí todas las perfecciones divinas. De manera que decir Hijo, engendrado (no derivado en nuestro caso) del Padre y decir Imagen suya es equivalente. «El Hijo, dice San Juan Damasceno, De Imag. 1, 9, lleva en sí a todo el Padre, es en todo idéntico a él, y no difiere más que por el hecho de ser engendrado».

Por eso el Padre es llamado aquí invisible («*Dei invisibilis*»), porque, aunque el Hijo es también invisible en su naturaleza divina; fue enviado, mientras el Padre no puede ser enviado. Y por eso también, gracias al Verbo Encarnado, el Padre ha sido hecho visible para nosotros: «*Qui videt me, videt et Patrem*» — (Io., 14, 9).

II. — En sus relaciones con el universo creado, es «*Primogenitus creaturae*». Y aquí conviene advertir que, si la noción de Hijo es absoluta con respecto a nosotros, la Imagen es absoluta,

pues sería el Hijo imagen, aunque no existiera creatura racional, y relativa, porque, existiendo estas criaturas, el Hijo es apto para revelarles al Padre. En cambio la noción de Primogénito es relativa, y no existiría si no hubiera creación.

Pero, ¿acaso llamar a Cristo el Primogénito de todas las criaturas no es rebajarla? Es el primero, pero es criatura, y sólo es anterior en orden de tiempo y de dignidad.

De ninguna manera y aquí está el triunfo de la argumentación de San Pablo, que vamos a ver inmediatamente. Por eso la frase no es como: «*Primogenitus ex mortuis*» que viene más abajo o como otras semejantes. Aquí el genitivo es comparativo y significa que Cristo es anterior y fuera de toda criatura: *prae omni creatura*, necesario para que las criaturas existan, pero de ninguna manera del género de las criaturas.

Porque la prueba del Apóstol es la siguiente: «*Quoniam in ipso condita sunt universa*». Es la causa ejemplar el Verbo de la creación de todas las cosas. Pero aquí va a hacer ver San Pablo que tiene otro papel que le hace príncipe de la naturaleza creada: Es el centro supremo de unidad, armonía y cohesión del universo; de manera que los hilos todos del universo se unen y coordinan en Cristo, todo depende ontológicamente de él y es inteligible sólo por él. Su trascendencia, pues, es absoluta.

Porque, cuando San Pablo dice que la creación depende de Cristo, entiende absolutamente toda la creación: «*Universa in coelis, et in terra, visibilia, et invisibilia, sive throni, sive dominationes, sive principatus, sive potestates*». Con estas enumeraciones, que ciertamente no son completas ni siguiendo un orden determinado, quiere San Pablo establecer la siguiente verdad: Que Jesucristo en cuanto Dios es el creador de todas las cosas, aun de los ángeles, y en cuanto hombre es la cabeza de todas las potestades celestiales, por elevadas que se las suponga. (cf. F. Prat. S. I., La Théologie de Saint Paul I, 4ª edición, p. 351).

Recapitulando, pues, dice el Apóstol: «*Omnia per ipsum et in ipsum (la Vulgata tiene: in ipso) creata sunt: et ipse est ante omnia (la Vulgata tiene: omnes), el omnia in ipso constant*». Es, con el Padre, el creador del universo y a él está dirigido el universo como a su propio perfeccionamiento. De manera que por su relación a Cristo el Universo es verdaderamente un «cosmos», un todo perfectamente ordenado. Y es ante todas las criaturas, por que su preexistencia es eterna, puesta que es Dios y todas las cosas se mantienen unidas y en cohesión (así el término griego), por su relación necesaria a él.

III. — En sus relaciones con la Iglesia: «*Ipsa est caput corporis Ecclesiae*». Así de la excelencia de quien es Cabeza se deduce fácilmente la grandeza de ese cuerpo y de los que forman parte de él. Y si la Iglesia es un gran organismo, la supremacía de Cristo es también absoluta en este orden de la redención y la santificación que se opera por medio de la Iglesia. Porque aquél sólo pudo redimir al mundo, que fue su creador.

Y es la Cabeza absoluta por esta razón: «*Qui (equivalente*

más bien a: quippe qui) est principium, primogenitus ex mortuis». Es el principio o la fuente perenne de este nuevo orden de santificación, de toda la actividad sobrenatural que da vida a los fieles, los hace crecer y los une; de la vida de la gracia y de la vida de la gloria.

Porque, al decir que es «Primogenitus ex mortuis», quiere decir San Pablo, que fue el primero en resucitar y en ser como engendrado a una vida nueva y gloriosa y en comunicar a los demás, es decir a su cuerpo que es la Iglesia, la gracia completa con el derecho de resurrección: «Resurrexit propter iustificationem nostram» (Rom. 4, 25) en el sentido que veíamos alguna otra vez (cf. CHRISTUS - 1940, p. 193, ss.).

De esta manera se obtiene este objeto: «Ut sit in omnibus ipse primatum tenens»: de todos modos y desde todos los puntos de vista, en lo material y en lo espiritual, tiene la primacía.

Y la razón de todo es al fin, el Misterio de la Encarnación: «Quia in ipso complacuit, omnem plenitudinem inhabitare». Siendo Cristo Dios, ninguna maravilla que esté a la cabeza de la creación y a la cabeza de la Iglesia. Pero la admirable benevolencia de Dios (que parece debe ser el sujeto del verbo «complacuit») quiso la Encarnación, y por ella habitó en Cristo de manera permanente, toda la plenitud. ¿Cuál: la de la gracia (con Santo Tomás) o la de la divinidad (con San Crisóstomo)? «Dejemos a la expresión toda su amplitud, pues San Pablo no juzgó a propósito restringirla. Para tener la primacía en todo, Cristo debe ser igual en los dos órdenes, de la gracia y de la naturaleza». (Prat., o. c. II, p. 108).

Y por fin, el resultado que Dios quería obtener por Cristo, elevado a tan inmensa excelencia, fue: «Per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis eius, sive quæ in terris, sive quæ in caelis sunt». «Hic textus Apostoli, dice el P. J. Knabenbauer (Epistolæ ad Eph., ad Phil., et ad Col., Paris 1912, hoc loco), est fortasse omnium obscurissimus, saltem si propriam verborum significationem retinere vquerimus». Pero parece que, para evitar el escollo de cómo puede hablarse de que Cristo por su sacrificio reconcilió y pacificó aun a los ángeles con Dios, podemos mantenernos en el ambiente cósmico, si podemos decir así, en que pone San Pablo a Cristo en esta Epístola, y entender, como insinúa el Apóstol en la Epístola a los Romanos (Rom. 8, 19 ss.), que la creación toda con motivo del pecado de Adán quedó como desquiciada, pero con la muerte de Cristo está en capacidad de recobrar la reconciliación o vuelta a un estado anterior de concordia y la pacificación, no sólo con Dios, sino entre todas sus partes.

Cristo es, pues, nuestro Rey, porque es nuestro DIOS, nuestro CREADOR y nuestro SANTIFICADOR. Pero en estos títulos tiene relaciones especialísimas con nosotros, que son las que aquí nos ha revelado San Pablo.

José González Brown, Pbro.

"JERUSALEN"

Es el VINO PARA CONSAGRAR aprobado por el

Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez,

Dgmo. Arzpo. de México, que garan-

tiza a los Sres. Sacerdotes

Pureza

Calidad

Economía

PRECIOS en sus dos clases, DULCE Y SECO:

Caja de 6 Botellas	\$ 10.50
Caja de 12 Botellas	19.50
Barril de 18 litros	39.50
Barril de 35 litros	71.00
Barril de 70 litros	139.50

PAGOS AL CONTADO

L. Rubiel y Cía.

Av. Guatemala N° 2.

Despacho 11.

Apartado 2195. — México, D. F.

Las causas de la Reforma Protestante

Una conmoción inmensa que cambia el fondo mismo de toda una civilización, que tiene resonancia en todos los órdenes de la vida, que establece de una manera permanente efectos a primera vista imposibles, que perdura y aún agita la conciencia religiosa de todo el Occidente; no es, no puede ser un fenómeno fácil de ser explicado. Es necesario que se afirme sin ambages, que explicar la implantación, el desarrollo, los efectos y la naturaleza de la Reforma, es una de los problemas histórico más difíciles y más trascendentales, que puede plantearse el que quiere hacer un estudio fundamentado de la religión.

Hay quienes plantean y resuelven el problema en esta forma: Un resurgimiento inesperado y potente del conocimiento se derrama, debido a una multitud variadísima de causas, por todo el Occidente, al terminar la Edad Media. Una porción de descubrimientos geográficos se sucedieron con rapidez extraordinaria. Alcanzóse una verdadera idea sobre la tierra y el cielo; las artes resucitaron. Al mismo tiempo, volvióse a descubrir la Antigüedad con sus maravillas y sus secretos, los manuscritos originales comenzaron a ser examinados con detención, y comenzó a nacer una verdadera ciencia de la historia. Bajo estas influencias los mitos, y una multitud de leyendas, que habían dominado durante 1.000 años de ignorancia, fueron explicados y rechazados. Las instituciones fundadas en estos mitos y leyendas cayeron y con su ruina se reedificó la nueva sociedad.

No era fácil esperar que los hombres dejaran inmediatamente el sedimento que habían depositado en la conciencia humana diez siglos de determinada cultura religiosa. De aquí el que algunos fragmentos de la antigua ideología se conservaran, los cuales sin embargo, fueron poco a poco sujetos al examen de la recta razón. Esto sucedió, v. gr., con la Eucaristia, con la Encarnación. Las discusiones crecientes lograron hacer desaparecer el fantasma de un Dios-Hombre. Es cierto que entre algunos, a veces entre los sabios, se retuvo la antigua apariencia y textura del viejo catolicismo: esta conservación debióse o a la cobardía o al interés, o a la rutina, y la continuación en determinadas prácticas fue el efecto de la inferioridad racial, trabajada por las persecuciones de gobiernos intolerantes que prohibían la investigación sensata, racional y científica. Entonces, entre los tipos más levantados, cuando ese producto de todo lo que había infundido el Catolicismo se disolvió, aparecieron los hombres, los tipos completos, los civilizados y progresistas, que conocemos como alemanes en el Noroeste de Europa, como ingleses en las Islas Británicas, como americanos en Estados Unidos.

En esta manera de plantear y resolver el problema de la Reforma hay algo que falsea el problema y la solución que se le quiere dar. Es evidente que para conocer lo que es una «Reforma», y las causas de ella, y lo que llega a ser la cosa refor-

mada, es absolutamente necesario conocer qué es lo que se reforma, y por qué se reforma, y en qué se reforma. Siendo la Reforma una reforma de lo que era la constitución religiosa del Occidente en el siglo XVI, no se puede plantear ni resolver el problema, si antes no se conoce cuál fue esa institución y lo que esa institución implantó, cuáles eran sus defectos, qué se trataba de reformar y por qué. Todo esto quiere decir que los escritores se plantean y resuelven el problema de la manera que acabamos de recordar, se han olvidado en su estudio de lo principal: estudiar lo que era en el siglo XVI y lo que había hecho en dieciséis siglos la Iglesia Católica.

* * *

Hay otros escritores, para quienes la Reforma es asimismo lo más natural, pero caen en el mismo error que acabamos de hacer notar: no saben qué es lo que se trató de reformar, por qué se trató de reformarlo, y si la acción reformadora reformó realmente, y reformó en el sentido estricto de la palabra a la institución que se quería reformar, y a la sociedad a que esa institución había dado ser, desarrollo y vida. Este segundo grupo lo forman, los escritores anti-clericales, los cuales plantean y resuelven así el problema.

El Catolicismo representa para éstos escritores, una forma de pensamiento viva y pujante en el medio de nuestros antepasados, natural para sus maneras de sentir, pensar, vivir. Creadora y eficaz en aquellos estados inferiores de civilización, pero en nuestros días expuesta a ser demostrada como falsa. Sobre vive con nuestra civilización principalmente entre las mujeres, como una mera adhesión irracional a cosas tradicionales y propias del hogar. Es sostenida en el terreno político sólo por aquellos que se apegan al pasado, que temen los desórdenes de todo movimiento progresista, o por los que tienen identificados con el Catolicismo y sus doctrinas sus intereses particulares. Mas la vida del Catolicismo ha pasado ya, y la Iglesia es un cadáver.

Esta manera de presentar el problema que ignora, como la anterior, lo que fue e hizo la Iglesia católica, lo que fue e hizo la Reforma, muestra su falta de conexión con la realidad y su carencia de valor científico, si se quiere simple y sencillamente tener en cuenta estos dos o tres hechos evidentes e innegables. En medio de nuestro progreso y de nuestra civilización, la única fuerza moral, organizada, vigorosa y pujante, es el catolicismo: entre la bancarrota de todos los demás sistemas, y la disolución no sólo moral sino dogmática de todas las demás confesiones religiosas. En medio de nuestro progreso y de nuestra civilización, exponentes de cultura y de saber se convierten al catolicismo, entrañando esa conversión sacrificios que demuestran que ese paso no sólo es un paso racional, sino premeditado, y fundamentado, y que desciende como una fuerza incontenible a la voluntad y la enciende en amores antes no sentidos.

Si la Iglesia hubiera ya pasado y su organización fuera un cadáver; ni sería la gran fuerza moral de nuestros días, ni vi-

vificaría hasta el punto de persuadir y entusiasmar a los exponentes de la civilización y del progreso.

Las dos maneras simplistas de considerar el problema de la Reforma, son falsas y no resuelven el problema. Procuremos plantearlo y resolverlo de acuerdo con la realidad.

* * *

Para entender las causas de la Reforma y cómo fue posible un movimiento que destruía violentamente lo que habría sido la vida de toda Europa, es preciso conocer lo que fue y lo que hizo la Iglesia Católica, es necesario poner ante nuestros ojos el aspecto que entonces presentaba, qué cosas pedían reforma, y qué fue lo que la reforma hizo.

Es, pues, necesario hacer ver el camino que recorrió el cristianismo y cómo se fue primero acentuando, después debilitando la realidad de una cristiandad unida, en toda Europa.

Al encomendar Nuestro Divino Redentor a los hombres que El había escogido, la misión que El había venido a traer a la tierra, y establecer la sociedad religiosa que fundaba sobre el cimiento incommovible de Pedro: como resumen de todo lo que había de ser la vida de la Iglesia, les había descubierto un horizonte lleno de nubes: la persecución, las internas disensiones, las calumnias, las afrentas, las tristezas, las luchas con todas las potestades del mundo, los males causados por todas las pasiones humanas habían de llenar la vida de la Iglesia. Por eso fue necesario que los consolara y les prometiera un auxilio especial, para que ellos, hombres flacos e ignorantes, pudieran realizar la grandiosa empresa.

La mayoría de las personas creen que esa lucha terminó con el triunfo conocido con el nombre de la paz de Constantino, allá por el siglo III de nuestra era.

Pero desde el siglo III hasta el siglo XVI, con escasas treguas, la vida de la Iglesia fue una lucha formidable, precisamente para defender lo que en la mente del fundador del cristianismo es el cimiento de la Iglesia, la autoridad espiritual, una y estable, que debe dar unidad y constancia a la religión cristiana.

Apenas había salido de las catacumbas la Iglesia y de religión perseguida atrocemente por el poder civil, pasaba a ser la religión aprobada primero por el Estado, después la religión del Estado; apenas comenzaba a informar la sociedad que nacía de la lucha entre el Imperio moribundo y las invasiones de los bárbaros; cuando aparece en su mismo seno, una fuerza destructora que tiende nada menos que a acabar con la unión interior: el arrianismo. Creen los que leen superficialmente la historia, que el arrianismo, esa primera crisis y esa primera herejía, fue una mera discusión bizantina sin importancia y sin consecuencias. Nada más alejado de la verdad.

El Arrianismo era un sistema, —en nuestros días lo llamamos un racionalismo naturalista—, que venía a pervertir plenamente y totalmente la religión de Jesús, atacando lo que en ella hay

de más importante, la Trinidad de Dios y la Divinidad de Jesucristo. No eran discusiones estériles de académicos u hombres de estudios. Era la lucha de dos partidos, y el arrianismo tenía obispos y sus sacerdotes, y fue como una especie de parásito que se arraigó en el cuerpo mismo de la jerarquía, y que tendía a destruir su vida. Esta especie de cáncer interno que atacaba al mismo tiempo la fe y la jerarquía, y en esto se parece no poco a la reforma, afligió a la Iglesia durante tres siglos. No fue una lucha que quedó limitada a la misma jerarquía, se expansionó e hizo prosélitos, entre los que entonces tenían más poder, la gente de armas y los príncipes. En España, en el Norte de África, en Italia, en Lombardía se defendió el arrianismo con las armas en la mano, y se hizo violencia y se persiguió a los católicos para abrazarlo, de la misma manera que en la mayor parte de las poblaciones alemanas, con la violencia y la fuerza se expulsó el culto católico, y se obligó a los pueblos a abrazar el «nuevo evangelio».

Sólo los albores del siglo VII vieron por fin libre a la civilización cristiana de esa fuerza que amenazaba su unidad y su estabilidad.

* * *

Cuando la lucha con el arrianismo cesa, se presenta en la historia otra lucha secular. Esta no viene de dentro, amenaza de fuera, y amenaza con violencia tal, que va a llenar de guerras y de sangre toda Europa durante casi seis siglos.

Conquista Siria, la mayor parte del Asia menor, Egipto, el Norte de África, logra meterse en Europa, conquistando España, y no contenta con su expansión y con sus triunfos, intenta y en parte logra, posesionarse de Grecia e invadir el Oriente de Europa, llegando hasta Viena. En muchas de estas regiones, la fe católica fue totalmente extinguida, en otras, v. gr. en España, la mayoría permaneció fiel a su antigua fe, pero sujeta al poder que intentaba imponer la doctrina religiosa del último profeta de Alá.

¿Puede la moderna Europa y en general el mundo moderno, darse cuenta de lo desesperado del ataque que para la Iglesia católica significó el Islamismo? Todavía cuando la «reforma»

Mosaicos LASCURAIN, S. A.

Siempre los Mejores

Los Mejores Dibujos Coloniales

Fábrica: Esquina Romero de Terreros y Mier y Pesado.

Tel.: Eric. 14-70-35. — 14-14-04. — Mex. P-0161

Col. del Valle, D. F. — Apartado Postal 8809.

comienza, persiste la lucha, y no poco influjo va a tener en su desarrollo y en las actitudes tomadas por los príncipes cristianos el peligro turco.

Durante todo este tiempo, el principio de conservación hizo que mientras luchaba la civilización y la unidad cristiana contra tan rudos ataques, la unión interior se robusteciera para poder luchar por salvar su propia vida. Mas al terminar el peligro, volvió de nuevo a aparecer en el seno mismo de la cristiandad la fuerza destructora de su unidad y de su jerarquía: los albigenses. Esta peculiar perversión arruinaba los principios religiosos, la vida social y la vida moral de los pueblos. Sólo después de la benéfica acción de Santo Domingo, quedó conjurado el peligro que hizo presa en la sociedad alta y regiones inmensas de Europa.

Solamente entonces, hubo un lapso de tregua, poco más o menos de 1220 a 1300, pareció que por fin se había logrado en Europa una sociedad católica y establemente segura. Es verdad que esta sociedad y esta unidad de civilización y de religión tenía enemigos en sus fronteras, más a pesar de ellos, quedaba establecido, para gobernar las almas de los cristianos: con su Europea: con su supremo poder espiritual, el que Cristo había establecido, para gobernar las almas de los cristianos; con su supremo poder temporal para regir los destinos de los pueblos.

* * *

En los albores de la centuria siguiente apareció un nuevo peligro, esta vez mucho más lastimoso y mucho más trascendental. El papado vino a ser políticamente, una especie de dependencia del monarca francés, no porque el monarca francés lo hubiera conquistado, sino porque la permanencia de los Papas de Avignon lo ponían en una dependencia tal de la política y de las cosas francesas, que con razón la cristiandad, la cual no veía título alguno en el Rey de Francia, sino en el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, para ser la cabeza temporal de la cristiandad; se lamentaba de esa especie de cautividad que sujetaba a la suprema autoridad espiritual del mundo, por todos reconocida, a los vaivenes de la política y a las conveniencias del Rey de Francia.

Corría el siglo XIV; el descontento de esa dependencia minaba la autoridad pontificia, los impuestos que habían sido necesarios para esas luchas seculares, seguían pesando sobre los pueblos empobrecidos y entonces tuvo lugar otra revolución política y social de la cristiandad. Las heridas que esa revolución causó en la constitución de la cristiandad, fueron desastrosas y de ellas no se recuperó la Europa del Sacro Imperio Romano Germánico. Sobrevino la ruina de instituciones y de regímenes, se acentuaron las particularidades de las diversas naciones, se fue esfumando el ideal de la unidad europea, perdió prestigio la autoridad suprema que era su lazo, y comenzaron a brotar por aquí y por allá, chispas de revuelta, apoyadas en descontentos perfectamente justificados, de la misma índole de lo

que más tarde serán los principios directores de la «reforma». Ejemplo de estas conmociones pueden ser los casos de Wiclef y de Huss.

Falta un dato: la bancarrota de la unidad cristiana, el fracaso de la cristiandad una, fue el lamentabilísimo Cisma de Occidente. Después del destierro de Avignon, después de comenarse a relajar los vínculos de la unidad cristiana con los casos y acontecimientos que acabamos de reseñar, el Cisma vino a dar un golpe funestísimo a la unidad y suprema autoridad del Pontificado.

* * *

La primera causa de la «Reforma» hay que irla a buscar en las circunstancias históricas y en las tendencias de las fuerzas que luchan y atacan la constitución de la Iglesia: estaba preparado desde hacía siglos, por un debilitamiento progresivo de la autoridad moral en la organización total de la cristiandad, el ataque a esa misma autoridad que va a formar el fondo mismo de la «Reforma». Ese debilitamiento progresivo se debía a multitud de causas, algunas de las cuales eran ajenas a la voluntad y a la actuación de los Papas.

La Reforma va a ser un levantamiento brusco de las naciones y de los pueblos contra la autoridad eclesiástica, no solo contra las autoridades locales, sino principalísimamente contra la autoridad del Sumo Pontífice: va a ser primero un cisma, después una herejía.

Impónese, pues, un estudio del estado general de esa sociedad y del estado de la autoridad suprema de la cristiandad, para poder encontrar las demás causas de la «Reforma».

Desde el segundo tercio del siglo XV, el estado general de la cristiandad presenta un espectáculo completamente distinto de lo que hasta entonces había sido. Basta recordar los nombres que se le han dado, examinar el contenido de ellos, para tener un conocimiento suficientemente exacto de aquel estado de cosas, y en él ver aparecer nuevas causas de la gran revolución religiosa que presenció el siglo XVI.

Llámase a aquella época, principalmente por los autores protestantes alemanes, «el siglo de las luces». Titulan otros a ese período con el epígrafe de «el fracaso del cristianismo». Gusta a la mayoría designarlo con el nombre más general de «el Renacimiento».

* * *

Con el nombre del siglo de las luces quiere subrayarse el desarrollo prodigioso que gran parte de las ciencias tuvieron entonces, y los nuevos descubrimientos llevados a cabo. Significase también que con el estudio de los documentos originales y el empuje de la crítica cayeron por tierra leyendas, mitos y... dogmas.

Es indudable que ese progreso se dio, es indudable que lo acompañó una revolución ideológica de las más notables que

registra la historia, es indudable que una porción de leyendas y de mitos cayeron por tierra, es indudable que un estudio reposado y crítico de los documentos antiguos, dió un conocimiento mucho más perfecto. Más titular en globo «siglo de las luces» al siglo en que, en la confusión de ideas que de los nuevos descubrimientos resultó, se vieron envueltas, sin criterio y con pasión las cosas más fundadas, con las leyendas más burdas; sólo puede hacerlo aquél para quien la trascendencia de las doctrinas católicas haya perdido toda su importancia y quien haya perdido el sentido de la realidad de las cosas eternas.

Con el nombre de «el fracaso del cristianismo» se intenta sintetizar la ruptura, desde entonces acá definitiva, de la unidad cristiana. Haya sido un bien o un mal, el hecho es que esa unidad, a la que se debe la civilización occidental, es decir, la civilización cristiana, fue destruida. Sólo en este sentido, puede con verdad decirse que el alto ideal cristiano, y la unidad de la cristiandad sufrió un funesto fracaso. El fondo de verdad que tiene este segundo nombre con que se designa aquella época, es la disgregación y la desunión entre los países que formaban la cristiandad.

«El renacimiento» significa el resurgir pujante de las artes y de las letras. Es indudable que el Renacimiento fue un resurgir poderoso y elegantísimo, es indudable que llenó museos y ciudades de obras de arte, es indudable que metió por el camino de los estudios a innumerables hombres, es indudable que fue un instrumento poderoso para la difusión de ideas. Es asimismo indudable que el efecto social que más visiblemente produjo fue en el clero el aseglamiento, en la sociedad la relajación de costumbres.

* * *

El estado general de los pueblos, ciudades y naciones que van a desconocer a la autoridad eclesiástica, cuya unidad les había dado ser como sociedad y civilización, puede resumirse en estas tres palabras: «materialismo escéptico», fruto de una confusión aterradora de ideas; «disgregación creciente de una unidad establecida», y «corrupción de costumbres, que asemeja al renacer del paganismo». ¡Cada una de estas palabras está descubriendo una fuerza que va a actuar como causa de la «Reforma»!

El conjunto se traducía en un malestar general, indefinido, que hacía sentir con mayor fuerza los males, y los abusos. Si el investigador contemporáneo quisiera un símil, puede pensar en el malestar que la actual sociedad siente en eso que se ha dado en llamar la cuestión del «trabajo». Abusos, injusticias, exageraciones, reivindicaciones, derechos, ideas nuevas mezcladas con antiguas maneras de ver, confusión creciente de ideas, ese sentir un malestar indefinido que quiere una solución, pero que no ve ni dónde está, ni cómo realizarla. Ese malestar fue una de las causas determinantes y más importantes de la «Reforma».

En esas circunstancias, cuando hubiera sido necesaria una

autoridad suficientemente fuerte para detener el mal, suficientemente perspicaz para conocer hasta dónde llegaban los males, que trabajaban ya ocultamente en el seno de la sociedad; el Pontificado, la suprema autoridad de la cristiandad, a quien más que a otro alguno tocaba el remedio y la salvación de la cristiandad que había hecho y civilizado, no estuvo a la altura de su misión.

Al mismo tiempo que se iba debilitando la autoridad pontificia, y que el escándalo causado por el cisma y el espectáculo de la corte pontificia minaba la idea de la autoridad del Papa, una y suprema en la cristiandad; tuvo lugar un proceso, cuyo carácter es necesario que entienda bien quiere resolver el problema de la «Reforma». Pudiera llamarse una «cristalización de la Religión». Es decir, una especie de endurecimiento de todo lo que debía ser dútil y elástico, una exageración de la rutina y de lo que eran leyes y reglas precisas, que venía a sofocar y entorpecer la vida y la prontitud de ese espíritu de renovación y adaptación, indispensable a toda sociedad que no quiera morir.

La vida religiosa, por muchas manchas que tuviera, no estaba muerta, en el siglo XV; al contrario, florecía pujante. La Iglesia no estaba fosilizada, pero toda la estructura exterior de ella, la máquina de su administración, sus funciones externas estaban como cristalizadas en los moldes antiguos, en las rutinas, en los abusos y en medidas, que resultaban perjudiciales para la época y para el espíritu. Un ejemplo, nos va a dar una idea clara de lo que intentamos decir: Todo el conjunto de la recaudación y administración de las finanzas de la Iglesia. La antigua sencillez y moderación habían desaparecido. Exigíanse tributos solamente porque habían sido establecidos en tiempos anteriores, aun cuando las razones que los aconsejaron y justificaron hubieran desaparecido por completo. Con motivo de esos impuestos principalmente se habían introducido determinados abusos, que eran positivamente tolerados. Así por ejemplo, el hecho de que una misma persona tuviera varias sedes episcopales o acumulara en su persona diversos beneficios eclesiásticos.

* * *

CAMPANAS DE COBRE Y ESTAÑO

Desde un kilo hasta seis toneladas

Garantizadas. - Recibimos Campanas viejas a cuenta. - Candelabros, cancelos, cercas, bancas para jardín, etc., etc

Fundidora y Manufacturera Potosina, S. A.

San Luis Potosí, S. L. P.



Para entender la trascendencia de esta cristalización, es preciso tener en cuenta la transformación social que iba operándose, y que hacía que los moldes antiguos no pudieran adaptarse a las necesidades nuevas. Desde mediados del siglo XIV había soplado en toda la cristiandad, un viento de revolución que alteró poco a poco la fisonomía toda de la Europa de entonces. Sufrieron un cambio radical la organización financiera y en parte la organización social de los diversos países; acentuáronse las diferencias particulares de los pueblos; con la perturbación económica que se produjo, puede decirse que, toda la organización de la antigua Iglesia, principalmente en sus centros de educación, sufrió un menoscabo del que no se volvió a recuperar. La ruina del sistema feudal y el poder de los príncipes, comenzaron a hacer resaltar los caracteres y los afectos particularistas, que han de desarrollarse hasta formar las modernas nacionalidades: lo cual significa que precisamente en los momentos en que la autoridad espiritual de la cristiandad decaía, y la rutina dificultaba el movimiento de adaptación, y los abusos sobreexcitaban a los pueblos; la disgregación nacionalista venía a reforzar el peligro y hacer más difícil la conservación de la estabilidad de la civilización cristiana. Por esto, aun cuando en la superficie parecía algo mejor el estado de las cosas, hacia el final del siglo XV, en realidad trabajaban intensamente las fuerzas ocultas que preparaban la gran conmoción del siglo XVI: la corte pontificia se convertía cada vez más, en la corte de un príncipe italiano, el escepticismo se extendía con rapidez vertiginosa, una especie de amargura moral sumergía todos los valores morales en el sentir de una multitud de los que representaban y guiaban a aquella sociedad.

Suele echarse la culpa total de la catástrofe al Pontificado. Es preciso ver con sinceridad el cuadro, para hacer ver que si indudablemente Roma tuvo culpa en la catástrofe; ni fue la única culpable, ni siquiera la mayor responsable de ella.

* * *

La actuación y la conducta de Roma tuvieron una influencia positiva, y una influencia negativa: es decir, Roma produjo positivamente algunas de las causas de la catástrofe. Otras causas de la catástrofe se produjeron sin la intervención y contra la voluntad de los Papas.

Es necesario hacer notar en primer lugar, un espejismo funesto: nosotros, católicos del siglo XX, recibimos una impresión mucho más desastrosa de los males de la Curia romana, que la impresión que recibían los contemporáneos. Es verdad que la Corte pontificia se había convertido en una corte aseglarada. Es verdad que hubo vicios y avaricia, es verdad que los negocios políticos impidieron que la mayor parte de los Papas de ese tiempo diera la preferencia a los negocios espirituales de la cristiandad. Es falso que en Roma hubiera escándalos increíbles. En Roma había menos, muchísimo menos de lo que veían todos,

en todas las cortes, y en todos los grandes señores de aquellos tiempos.

La historia documentada demuestra que de los nueve Papas que ocuparon la Sede Apostólica desde la terminación del gran cisma, hasta el estallido de la Reforma, sólo uno, Alejandro VI, escandalizó positivamente con sus malos costumbres. Los demás, la mayoría, fueron varones piadosos e instruidos, y todos, incluyendo en la cuenta a Alejandro VI, activos promotores de la civilización. El gran error consistió en que antes que Papas, la mayoría de ellos, fueron políticos, y llevaron a la cristiandad por el camino de la política, sin atender cuanto hubieran debido a los intereses espirituales de la cristiandad. Este influjo positivo, se explica suficientemente por la posición política que tenían, y de la que dependía la civilización que la Iglesia había dado a la Europa Cristiana.

Hemos hecho alusión a otra clase de causas, que llamamos negativas, no porque no intervinieran de una manera positiva y determinante, sino porque fueron completamente ajenas a la voluntad del Papado. Es más, no sólo fueron ajenas, sino fueron contrarias a su voluntad, y representan un fracaso de esfuerzos sinceros hechos por los Papas. Ese fracaso se debió a los príncipes europeos, que o no comprendieron la trascendencia del momento, o no quisieron posponer sus intereses particulares a los intereses generales de Europa y de la civilización cristiana. Entre estas causas la principal, la que mayor descontento y desilusión causó, la que más enardeció el ansia de Reforma; fue indudablemente el fracaso sufrido al querer defender la unidad de la civilización cristiana contra el ataque formidable y secular de los turcos.

* * *

En una civilización unida, como era la civilización occidental en aquel entonces, en la que la suprema autoridad de la cristiandad tenía por principalísima misión conservar la civilización que había dado a Europa y con ella los bienes que se habían conseguido; una de las cosas más importantes que debía hacerse era la defensa de esa misma civilización y esa misma unión. Los Papas de aquel entonces, mucho más acertados políticos que pastores de almas, así lo comprendieron e hicieron. Desde Nicolás V hasta Inocencio VIII el mayor esfuerzo de los Papas fue salvar la civilización cristiana del poder turco. Fracasaron, no porque ellos no hubieran hecho todo lo que estaba de su parte, sino porque nadie los ayudó. De la misma manera que años adelante la avaricia de los príncipes no les permitió ver las consecuencias irremediables de su proceder al defender a los novadores para poder con más facilidad apoderarse de los bienes de la Iglesia; en ese tiempo no supieron o no quisieron ver las consecuencias de su avaricia y de sus ambiciones personales, al rehusar su ayuda y su unión, para la que debió ser la gran empresa de los guías de la Europa del siglo XV.

¿Qué había de resultar en aquella sociedad, acostumbrada

a la unidad, y a una civilización una, hechura toda ella del cristianismo, cuando la suprema autoridad espiritual del mundo, por todos reconocida, pierde su prestigio y va convirtiéndose en un principado meramente temporal, gracias a las miserias de algunos de los Papas; cuando la organización total sufre uno tras otro recios golpes, que tienden a desunir más y más; cuando el prurito de lo nuevo arrastra los espíritus y hace cundir el escepticismo; cuando las costumbres se relajan y buscan una justificación y un amparo las pasiones desenfrenadas; cuando la rutina tiende a predominar sobre el espíritu, y los antiguos moldes de la administración aparecen al mismo tiempo injustificados y contraproducentes; cuando se ven por aquí y por allá, intentos de reforma y de alivio al malestar social y esos intentos fracasan, fracasan siempre, y muchas veces se quedan reducidos a hermosos planes, que no se llevan a la práctica; cuando hay un peligro exterior, tremendo, inminente, destructor de todo lo que lleva el nombre de cristiano, ese peligro amenaza a Europa por todos lados, y ha echado ya raíces en territorios europeos, y los esfuerzos para conjurarlo fracasan, porque los intereses y las ambiciones de los príncipes llegan a empujarlos hasta aliarse con el enemigo común, antes que ceder una verdadera niñería a un príncipe competidor? ¿Qué había de pasar en una sociedad de esta manera minada? Que la corrupción de costumbres invadiendo el santuario había de hacer escandalosa la vida de muchos sacerdotes y religiosos, había de hacer decaer la estima que necesitan entre el pueblo, los que predicaban la virtud, y había, no ya las personas escandalosas, sino el mismo estado sacerdotal, de caer profundísimamente y excitar envidias y cóleras; que la corrupción de costumbres había de invadir aún más a las otras clases sociales y poner sus reales principalmente entre los ricos y nobles para degustar en las altas esferas de la sociedad, la lucha desenfrenada por poseer y por gozar; que el poder creciente de los pequeños príncipes había de convertirse en una tentación irresistible para apoderarse de los bienes eclesiásticos, logrando de un solo golpe, quitar el freno que aún pudieran tener las pasiones, y alcanzar los medios para satisfacerlas; que el desaliento y la desilusión se habían de convertir en acusación contra la autoridad que al querer reformar fracasaba, y había de hacer que se buscara el remedio y la reforma en otra parte, aun sin contar con la autoridad, aun yendo contra ella; que en los pocos en los que el odio a la fe se había ya desencadenado, todos estos elementos se juntaran para poder ser dirigidos y poder alimentar y sostener el incendio a pesar de los primeros fracasos del intento revolucionario.

* * *

Supongamos un dique gigantesco construido durante siglos, con esfuerzos de titanes, deteniendo las avenidas aterradoras de aguas acumuladas y poderosas que quieren hundirlo todo. La magnífica construcción ha sido desatendida y descuidada. Poco a poco, las juntas se reblandecen, poco a poco la unión se de-

bilita, poco a poco las grietas se abren... ¡nadie lo nota, nadie lo ve, nadie lo entiende!, acostumbrados todos a la resistencia titánica del admirable dique, creen que está fuerte como cuando era joven, y descansan confiados en su poderosa resistencia. Pero está minado, está debilitado, está amenazando ruina. Mientras con tranquilo descuido los hombres lo admiran, allá fuera las aguas se acumulan, con mayor fuerza embisten el obstáculo que les presenta el grandioso dique. Un golpe de agua más fuerte y caerá irremisiblemente, y cuando los confiados guardianes se dan cuenta, verán inundadas ciudades y naciones, y para volver a secar lo inundado y volver a levantar lo destruido, siglos de trabajos de titanes volverán a ser necesarios.

Esas aguas pujantes son las fuerzas que en el estado social del siglo XV y de principios del siglo XVI hemos descubierto en el seno mismo de la cristiandad; esas grietas y esas quiebras son sus males internos. Esas regiones resguardadas y hechas bajo el amparo del dique, es Europa y la civilización cristiana. En un rincón desconocido, que alguien, no es preciso que sea un gigante, puede ser un niño, se atreve a quitar una piedra del dique, se colará el agua acumulada y con energías potenciales incalculables. Primero será un chorro, después a medida que el dique se derrumbe, una catarata, después una avalancha, después una inundación, después una ruina. Todo está preparado, y las causas históricas están actuando ya.

Allá en Wittenberg, a propósito de una verdadera nonada, vamos a ver a un germano, revestido con el hábito de los religiosos de San Agustín, acercarse al dique, y arrancar, sin prever él mismo, la magnitud de los efectos que su acción iba a tener, una piedra al parecer pequeña e insignificante..., después, ¡ah!, después actuarán por sí mismas todas las fuerzas y causas históricas, y cuando los hombres espantados por los ruidos atronadores del cataclismo vuelvan los ojos, toda Europa estará inundada y el dique que hacía una a la civilización cristiana, estará hecho pedazos para muchos siglos.

Eduardo Iglesias, S. J.

SELECCIONES LIRICAS

Por el Sr. Pbro. Joaquín L. Palacios.

Antología de los mejores poemas del poeta morelense, autor de
«La Elegía de las Campanas» — «Manos Sagradas»

De venta en

«Buena Prensa. — Donceles 99-A. — Apartado 2181. — México, D. F.
«Librería de J. Aguirre». — Palma 10. — México, D. F.
«Librería del Sdo. Corazón de Jesús». — Apartado 35. — Querétaro, Qro.

PRECIO: \$ 4.00.

Pío Once y la Acción Católica

La Acción Católica es, sin disputa la nota dominante del Pontificado de Pío XI y sale ya completamente armada, si así puede decirse, de la Encíclica Programa «Ubi arcano Dei», habiendo contribuido la mayor parte de los documentos sucesivos —y son legión—, a acrecentarla, enriquecerla y generalizarla; de tal suerte que ella señala, en cierto modo en la Iglesia, una nueva era, la era de la Acción Católica. Para comprender todo su sentido, es necesario recordar el «clima» en el que nació y creció la Acción Católica.

No puede uno menos de admirar la clarividencia con que Pío XI denunciaba hace quince años, los males de orden moral y económico que sufría la humanidad. Esta página profética ocupa el primer tercio de la Encíclica Ubi arcano, y debemos dar de ella algunos extractos.

«Conviene, decía Pío XI, medir con cuidado la extensión y gravedad de la crisis, e investigar luego sus causas y sus orígenes, si queremos aplicar el remedio apropiado». «Los profetas, tienen sentencias que convienen maravillosamente a nuestra época: esperábamos la paz, y nada hemos obtenido; los viejos odios siguen más y más firmes, o solapadamente en las intrigas de la política igual que en las fluctuaciones del cambio, o en el terreno abierto de la prensa cotidiana y periódica; y hasta han invadido dominios, por su naturaleza cerrados a los conflictos agudos, como el arte y la literatura.... De esto resulta que las enemistades y los ataques recíprocos entre los pueblos les impidan respirar; todos los pueblos sin excepción se resienten de las penosas consecuencias de la última guerra. Y el remedio tarda en llegar, haciéndose cada día más intolerable la crisis.

* * *

«De ahí, para todas las naciones, ante el temor siempre creciente de nuevos conflictos, la necesidad de vivir en pie de guerra; lo que, fuera del agotamiento del tesoro público trae el debilitamiento físico de la raza y la perturbación, así en la cultura intelectual, como en la vida religiosa y moral.

«A las enemistades exteriores entre pueblos, viene a añadirse —plaga más triste todavía— las discordias intestinas que ponen en peligro los regímenes políticos y a la misma sociedad; siendo necesario señalar, en primer término, esa lucha de clases que, como una úlcera mortal, se ha desarrollado en el seno de las naciones, paralizando el comercio, la industria, los oficios, todos los factores, en una palabra, de la prosperidad pública o privada.

«En el campo de la política, los partidos se han impuesto una especie de ley, no de buscar sinceramente el bien común en la emulación mutua y en la variedad de las opiniones, sino de ser esclavos de sus propios intereses con detrimento de los ajenos, y ¿qué es entonces lo que vemos?, conjuraciones que se multipli-



RAVELO, Hnos.

Escultores

Esculturas en tamaño natural talladas en madera
de cedro, especiales para templos

Guadalajara
Morelos 280
Edificio "Mercantil"
Eric. 342

México
Palma Norte 315-F
Eric. 12-43-07

Puebla, Portal Iturbide
Eric 43-69

can, emboscadas, terrorismo, amenazas, abiertas rebeliones y otros excesos del mismo género....»

«Hecho deplorabilísimo, este mal se ha infiltrado hasta en las profundas raíces de la Sociedad, es decir, hasta en la célula de la familia, que estaba ya en camino de disgregarse, pero el cataclismo de la guerra vino a precipitar su ruina».

«Las almas, en fin, se han vuelto por doquiera inquietas, agrias, sombrías, y así la confianza y la seguridad han sido sustituidas por ansiosas preocupaciones y por temores siempre en acecho, y en vez de la tranquilidad del orden, guardiana de la paz, reina una turbación y un caos universales. De ahí provienen la paralización de la industria, la crisis del comercio internacional, el decaimiento de la literatura y del arte; y, consecuencia mucho más grave aún: la vida cristiana ha desaparecido a tal grado en muchos centros, que no parece sino que, lejos de avanzar indefinidamente en la senda del progreso, la humanidad retrocede a la barbarie....»

Esta visión, dolorosamente profética de la Encíclica «Ubi arcano», fechada, no hay que olvidarlo, en 23 de diciembre de 1921, podemos confrontarla con la actual situación, gimiendo como Isaías: ¡Pax, pax, et non erat pax!

* * *

Pío XI ve la raíz del mal en la exclusión de Dios y de Jesucristo. Dios y Jesucristo excluidos de la legislación y de los asuntos públicos, de la fundación de la familia, de la educación de la juventud, de la organización de la paz....

Es pues, en restaurar el reinado de Cristo en la Sociedad y en los individuos, en lo que se ocupará el continuador del Príncipe de los Apóstoles. Pero repetimos, ¿cómo concibe su plan de campaña?, ¿a quién va a encargar prácticamente esta conquista? A la jerarquía eclesiástica, pero prolongada por el laicado, investido también él de una misión de apostolado.

Véase cómo se explica acerca de esto en la Encíclica «Ubi arcano», que es propiamente la Carta Magna del gran pontificado de Pío XI:

«La doctrina de Cristo, y sus preceptos tocante a la dignidad de la persona humana, a la pureza de costumbres, al deber de la obediencia, a la organización divina de la sociedad, al sacramento del matrimonio y a la santidad de la familia cristiana, todo esto, así como el conjunto de las verdades que había traído del cielo a la tierra, Cristo no lo confió en depósito sino sólo a su Iglesia, con la formal promesa de que la ayudaría y estaría con ella para siempre, confiriéndole la misión de enseñar, con infalible magisterio, a todas las naciones hasta el fin de los siglos. Esta observación hace entrever desde luego, cuán poderosos remedios puede y debe ofrecer la Iglesia Católica para la pacificación del mundo.

«Constituida por Dios, únicamente ella, intérprete y guardián de estas verdades y de estos preceptos, sólo la Iglesia goza también, a perpetuidad, de un poder eficaz para extirpar de la vida

pública, de la familia y de la sociedad, la plaga del materialismo que ha causado ya tantos estragos; para hacer penetrar en ellas los principios cristianos, muy superiores a los sistemas de los filósofos sobre la naturaleza espiritual o la inmortalidad de alma; para producir el acercamiento de los ciudadanos de todas las clases y unir a todo el pueblo con los sentimientos de una profunda benevolencia y con una verdadera fraternidad; para defender la dignidad humana y elevarla hasta Dios; para corregir, en fin, y mejorar las costumbres públicas y privadas, de suerte que todo esté plenamente sometido a Dios, "que ve los corazones", y conforme a sus enseñanzas y a sus preceptos; que el sentimiento sagrado del deber sea la ley de todos, así particulares como gobernantes y aun de las instituciones públicas, y que así Cristo esté todo en todos».

«La Iglesia, depositaria de la verdad y el poder de Cristo, es la única a quien corresponde la misión de dar a los espíritus, la conveniente formación; es ella también, la única capaz, no solamente de restablecer hoy la verdadera paz de Cristo, sino también de consolidarla para el porvenir, conjurando las inminentes amenazas de nuevas guerras que Nos hemos señalado. Ella sola, en virtud de un mandato y de un ordenamiento divinos, enseña la obligación, para los hombres, de conformar a la ley eterna de Dios toda su actividad pública y privada, ya como individuos, ya como miembros de la colectividad....»

* * *

Se ve la insitencia de Pío XI en poner de relieve el papel indispensable y, por decirlo así, exclusivo de la Iglesia: Cristo no ha confiado ese depósito sagrado más que a la Iglesia: sólo ésta goza de ese poder, sólo ella ejerce ese control. No era posible, en efecto, ensalzar con mayor magnificencia y más cabalmente la divina misión de la Iglesia; y convenía recordarla para implantar en su verdadero sitio y situar en él exactamente, a la Acción Católica. Porque la Iglesia, única poseedora de la gracia y potestad para ejercer el apostolado que le confió su Divino Fundador, se compone de pastores y de fieles, y se ha creído a menudo que éstos no tenían sino un papel pasivo y que sólo a aquellos competía la tarea de pelear y conquistar: pero, ¿puede imaginarse a la Iglesia, a ese gran ejército de Cristo Rey, no enviando al combate más que a sus jefes y condenando a sus tropas al reposo? No hay que olvidar que los fieles también forman parte de la Iglesia, y no sólo la jerarquía; los sacramentos del bautismo y de la confirmación, al hacerlos cristianos y cristianos perfectos, los habilitan para el Apostolado, pues quedan marcados con una especie de sacerdocio en sentido lato y aunque subordinados a la jerarquía, como los súbditos a los gobernantes, tienen que ejercer personalmente un verdadero ministerio.

Tal es el concepto esencial de la Acción Católica que da al laicado la conciencia de su eminente dignidad y de su papel activo en la Iglesia. Aquí, Pío XI había puesto ya los cimientos de esta Acción en su primera Encíclica: «Llamad la atención de

los fieles, —decía a los Obispos,— sobre que, trabajando en obras de apostolado privado o público bajo vuestra dirección o la de vuestro clero, para extender el conocimiento de Jesucristo y para que reine su amor, es como merecerán el magnífico título de "raza escogida, de sacerdocio real, de nación santa, de pueblo redimido"; y uniéndose muy estrechamente a Nos y a Cristo para extender y fortalecer, con su industrioso celo, el reinado del derecho, trabajarán con más eficacia en establecer la paz general entre los hombres». Y un poco más adelante agregaba: «Las transformaciones sociales han traído o acrecentado la necesidad de recurrir a la cooperación de los seglares en las obras de apostolado».

Por otra parte, tres años más tarde, la Encíclica Quas primas sobre la realeza de Cristo, (que amplía y desarrolla la Encíclica Ubi arcano sobre la paz de Cristo), añadía estas consideraciones: «El día en que el conjunto de los fieles comprenda que es preciso combatir valerosamente y sin descanso bajo el estandarte de Cristo Rey, el fuego del Apostolado inflammará sus corazones; todos trabajarán en reconciliar con su Señor a las almas que lo ignoran o que lo han abandonado; todos se esforzarán por mantener inviolados sus derechos».

* * *

Podemos dar ahora la definición precisa, completa, oficial, de la Acción Católica que innumerables documentos pontificios,

TÓNICO BAYER
Es un aperitivo
exquisito que a la vez
fortifica y vigoriza.



ÚSESE POR PRESCRIPCIÓN MÉDICA
Reg. N.º 13585 D.S.R. - Prop. N.º 3462

BAYER

han explicado ampliamente: La Acción Católica es la participación de los seglares organizados en el Apostolado Jerárquico de la Iglesia, fuera y por encima de los partidos políticos, en el establecimiento del reino universal de Jesucristo.

Fijémonos desde luego en el término, «participación de los seglares en el apostolado jerárquico». No bastaría decir, colaboración: la Acción Católica, en efecto, no se coloca al lado del apostolado jerárquico, sino que forma parte integrante de éste; se ve, pues, cuánta elevación de nivel implica para el seglar su incorporación a la Acción Católica, que lo traslada de golpe a un plano superior casi sacerdotal.

Pero de las tres notas esenciales que caracterizan la Acción Católica, a saber: el apostolado jerárquico, el elemento seglar y la organización, en el elemento laico conviene fijarse esencialmente, para combatir cierto clericalismo —perdónesenos la palabra—, que ha enervado muy a menudo el mandato apostólico de la Iglesia, mutilándole la participación activa de los fieles.

El intérprete de Pío XI en la materia, Monseñor Pizzardo, ha podido escribir: «La Acción Católica es el asunto capital de los seglares»; unida sin duda con la jerarquía que la inspira y la dirige, pero es cosa propia de los seglares. Así lo requiere el apostolado total, confiado no solamente a los obispos y a los sacerdotes, sino también, con ellos y como su prolongación, a los fieles, a los seglares que son, como se ha dicho muy bien, su *longa manus*, o con otra frase: sus brazos indispensables, particularmente en una época en que tantas agrupaciones, por ejemplo, el mundo obrero, están cerradas a la acción sacerdotal y donde, además, los sacerdotes mismos muchas veces escasean.

¡Librenos Dios, sin embargo, de exagerar este punto de vista y que, de un clericalismo que se trata de evitar, fuéramos, por el contrario, a caer en una especie de laicismo; pero retenamos al menos el elemento capital sin el que la Acción Católica carecería de todo su contenido: es cosa propia de los seglares, seglares investidos de una misión de apostolado auténtico, cuyo fin, por lo demás, no es otro, que el establecimiento del reino universal de Cristo. Esto nos permite precisar que la Acción Católica es, por lo tanto, esencialmente de orden religioso y que por eso está sobre la política de partido o los partidos políticos; fuera de ellos y por encima de ellos, no se cansa de repetir Pío XI.

* * *

Indiferente a las formas de gobierno con tal que sean honestas y lícitas, y dejando a sus miembros sus individuales preferencias, la Acción Católica se ejerce en el terreno de los hechos, respeta los poderes establecidos y colabora con su presencia en su mejoramiento: a esto se reduce toda «su política».

En el orden social, también se cuida mucho de no mezclarse en los asuntos puramente materiales y técnicos; pero que nadie se engañe: su campo de acción sigue siendo de los más vastos y se extiende a todo cuanto implica, de cerca o de lejos, un interés moral y religioso. Así lo ha declarado formalmente Pío XI a

la Acción Católica de Roma, el 19 de abril de 1931: «Este apostolado debe ejercerse siempre, dondequiera que vayan de por medio la divina gloria, el bien de las almas, la ley de Dios y la manifestación de esta ley, sin que en esto haya ningún límite ni de tiempo ni de lugar».

La Iglesia, la Santa Sede, la jerarquía, el apostolado y por ende, en la debida proporción, la Acción Católica, por mandato divino, no puede eximirse ni aun dispensarse de tomar sobre sí todo lo que no sea una cuestión puramente material o económica, sino al contrario, una cuestión humana, sobre todo una cuestión moral.

* * *

Pero hay que dar todavía un paso adelante.

Esta Acción Católica, este Apostolado laico cuyos doctores y obras acabamos de definir, ¿cómo habrá prácticamente de ejercerse?, pues las buenas intenciones no bastan, el celo mismo puede ser indiscreto y enredador. Por eso Pío XI ha tenido cuidado de establecer una táctica, un plan de conquista: de abrir paso a una doctrina de apostolado, que ha llegado a ser doctrina común en la Iglesia, que ha recibido las más elevadas y definitivas sanciones, y que ha convenido en llamar «movimientos especializados».

En efecto, en países en que la sociedad se halla muy transformada y diversificada como en Francia y Bélgica, era preciso que una nueva concepción, bajo el nombre de diferenciación o especialización, presidiera el apostolado de los seglares sin perjuicio, por lo demás, de la unidad orgánica de toda la Acción Católica (que se hará por arriba) y «que será tanto más fuerte y eficaz, dice la Encíclica "Quadragesimo anno", cuanto con más fidelidad se dediquen los fieles a ejercitar su especialidad y a sobresalir en ella».

Este método, que ya desde ahora es una realidad, no ha dejado de parecer a algunos, un poco atrevido; y el acomodamiento del apostolado a las nuevas condiciones de la sociedad no se ha logrado sin trabajo y sin resistencia; y sin embargo, ¡nada más sencillo, más elemental y natural que el apostolado de lo semejante por lo semejante!

¿No era, en un plano superior, una especie de homeopatía, la que la sabiduría de las naciones y la experiencia de los siglos han formulado: *Similia similibus curantur*?

En la Encíclica *Quadragesimo anno*, —genial adaptación de la *Rerum Novarum* sobre la condición de los obreros,— es donde encontraremos sus lineamientos y hasta puede decirse, su prototipo.

* * *

«Como en otras épocas de la historia de la Iglesia, —escribe Pío XI,— nos hallamos frente a un mundo que en gran parte ha recaído en el paganismo; y para volver al cielo a estas diversas clases de hombres que han renegado de él, es preciso, ante todo,

reclutar y formar de entre ellos mismos, auxiliares de la Iglesia que comprendan su mentalidad, sus aspiraciones; que sepan hablar a su corazón con espíritu de caridad fraterna. Los primeros apóstoles del mundo industrial y mercantil, serán industriales y comerciantes».

Lleguemos al discurso pontificio del 6 de abril de 1934, con ocasión de la peregrinación de la Juventud Católica Francesa.

Véase cómo el Santo Padre caracterizaba en ella, los nuevos procedimientos de la Acción Católica: «Actividad particular, calificada, especializada, que ofrece la más grande analogía con el método que Nos indicamos a los misioneros: sacerdotes indígenas para los indígenas. Cada situación tendrá, pues, su correspondiente apóstol: para obreros, apóstoles de entre los obreros; para agricultores, apóstoles agricultores; para marinos, apóstoles marinos; para estudiantes, apóstoles estudiantes».

De allí han surgido, con maravillosa exuberancia, todas las ramas de la Acción Católica que se llaman: la Juventud Agrícola, la Juventud Estudiante, la Juventud Marítima, la Juventud Obrera; que se llaman también por ejemplo, para los jóvenes de la Acción Católica Belga, juventudes agrícola, estudiante, independiente, obrera, universitaria.

Así el apostolado, tiene ahora su adaptación y asiento definitivos. Tales son, al servicio de Dios y de su Cristo, los grandes principios que deben gobernar el conjunto de las fuerzas del bien, de los valores espirituales disciplinados, «*sicut castrorum acies ordinata*», como un ejército en orden, cuya movilización general ha decretado Pío XI al instruir, o más bien, al restablecer la Acción Católica, que es en el fondo tan antigua como la Iglesia.

* * *

En la situación trágica en que hoy nos hallamos, la Acción Católica tiene, pues, la tarea de establecer el reino de Cristo y la paz de Cristo. No tiene otro fin que sustituir la realeza de Cristo a la realeza del mundo, pues la paz es la compañera necesaria de esta realeza. A medida que Cristo avanza, el mundo y la guerra retroceden, porque ese pobre mundo a quien Cristo ha lanzado el anatema ¡*Vae mundo!* lleva consigo originariamente, (pues la guerra ha nacido con el pecado original) todos los gérmenes de desequilibrio y de división. Empero, Cristo Rey, Redentor del mundo, con su cortejo de gracias, quiere restablecer el orden; y sobre las ruinas del mundo pecador, instaurar, como ha cantado Pío XI en ese maravilloso poema, prefacio de la Misa de Cristo Rey, su reinado de justicia, de amor y de paz: *Regnum veritatis et vitae, regnum caritatis et gratiae, regnum iustitiae, amoris et pacis*.

Tal es y tal será la obra de la Acción Católica realizada por Pío XI: se trata nada menos que de rehacer por medio de ella, una cristiandad «siglo veinte».

Cerería "LA PURISIMA"

Av. República del Salvador 169 Eric 13-31-39

Cera pura garantizada litúrgica. - La mejor
calidad y el precio ms bajo

BERNARDINO GOMEZ

"CHRISTUS"

Recomienda muy especialmente a todos los
Señores Sacerdotes que lleguen a esta ciudad de
México, la "Casa de Asistencia" de la calle de
Puebla No. 143. — Tel. Eric. 18-59-79.

Julieta T. de López Barro

LAS MEJORES OBRAS QUE PUEDE
HACER UN PARROCO O CAPELLAN

Poner pavimento de mosaico a su Iglesia y dependencias; revestir
la cúpula y torres con azulejos

"TALAVERA"

Poner un lambrin de este material

Iglesias de los siglos XVI y XVII, lucen en todo su
esplendor, las decoraciones de azulejos

«TALAVERA»

Nosotros tenemos reproducciones de todos estos azulejos y podemos
fabricarlos con inscripciones de cualquier naturaleza.

Fabricamos los mejores mosaicos.

Gerente: Ing. Justo Avila Baeza.

Mosaicos «Portland», S. de R. L.
Eric. 14-35-17

México, D. F.

Chilpancingo 164.
Mex. P-03-52.

NOTAS DOCTRINALES

Derecho Canónico

CONSULTAS

17. — Suelo usar unos libros litúrgicos algo anticuados; el más moderno es del año 1916; por ellos me rijo en las funciones de mi ministerio sacerdotal. Quisiera saber si el Nuevo Derecho Canónico no ha quitado algunas de las leyes de estos libros litúrgicos. Ya soy algo viejo, pero creo que debo saber algo de lo nuevo; por eso se lo pregunto. No se me había ocurrido hacerlo antes. — Phro. J. L. V.

Agradecemos la sinceridad con que nos habla este nuevo corresponsal. Con gusto le vamos a responder aunque algo generalmente, por no permitírmelo la índole de estas respuestas y el espacio disponible en la Revista. Aclaremos primero los conceptos.

Leyes litúrgicas, o Rúbricas, «son las normas con las que se ordenan los Ritos y Ceremonias del culto». Demos alguna explicación.

Por Rito se entienden generalmente las preces que han de decirse en la Misa, Oficio divino y administración de los Sacramentos.

Ceremonias son lo sactos, gestos y otros movimientos que acompañan la recitación de las oraciones; esta palabra también comprende las cosas, como las candelas, incienso, etc., sobre las cuales o con las cuales se dicen las preces. (Van der Stappen. *Sacrae liturgiæ*, I. n. 3).

Los Libros litúrgicos aprobados legítimamente en la Iglesia Latina son, entre otros, el Breviario Romano, el Misal Romano, el Ritual Romano, el Pontifical Romano, etc.

Refiriéndome ya a su pregunta, le respondo con el can. 2, que dice: «El Codex J. C. generalmente nada determina acerca de los ritos y ceremonias que las libros litúrgicos aprobados en la Iglesia Latina, mandan se guarden en la celebración del Sacratísimo Sacrificio de la Misa, en la administración de los Sacramentos y Sacramentales, y en las otras cosas sagradas. Por consiguiente, todas las leyes litúrgicas permanecen vigentes, a no ser las que sean corregidas expresamente por el Codex J. C.» Pero para la expresa corrección no hace falta que el Codex diga que las quiere corregir, sino que basta que claramente mande algo contrario a las leyes contenidas en los libros litúrgicos. Así v. g. el can. 947 2 y 3, corrige el Ritual Romano antiguo, mandando que la unción de los riñones se omita siempre en la Extremaunción y que la unción de los pies se puede omitir por cualquier causa razonable.

Hay que notar que muchas leyes que en el Antiguo Derecho

se tenían como litúrgicas, ahora se consideran como canónicas y están insertas en el Codex J. C. v. g. las normas acerca de la precedencia, de las procesiones, de la consagración de los altares... etc., (Cicognani. Comment. in lib. 1. Cod. p. 16). En general cremos que se puede decir que las Normas Generales del primer libro del Codex son aplicables a la interpretación de las leyes litúrgicas, a no ser que conste lo contrario. Pero para ahorrarse trabajo y saber a qué atenerse, basta consultar, v. g. algún Ritual moderno o alguna Moral moderna.

18. — Sabemos que hay algunas leyes eclesiásticas que en algunas partes no se ponen en práctica, porque dicen que no se han promulgado; y sin embargo las conocemos, ¿no bastará conocerlas para que nos obliguen? Y si no basta, ¿cómo conoceremos que se han promulgado?

Yo mismo he oído esa excusa de no guardar ciertas leyes de la Iglesia, queriendo decir tal vez que no se habían divulgado, o no se conocían. Por eso distingamos los conceptos.

La promulgación de una ley es la intimación auténtica y solemne de dicha ley hecha a la comunidad.

Quiere decir:

«intimación» — denuncia, con la que se muestra la intención de obligar que tiene el legislador...

«solemne» — pues se requiere alguna solemnidad no externa sino jurídica...

«auténtica» — esto es, hecha por el legislador...

«a la comunidad» — pues la comunidad es la que va a quedar obligada por dicha ley que debe por consiguiente conocer...

La promulgación difiere de la noticia de la ley, que es el conocimiento que se adquiere de la ley, y que puede tenerse aun no habiendo sido promulgada la ley, y puede no tenerse habiendo sido promulgada.

La promulgación difiere de la divulgación, en que ésta se hace con actos sucesivos ya legítimos, ya privados, mientras que la promulgación se hace con un solo acto y suele preceder a la divulgación.

Para que la ley obligue es necesaria la promulgación y no basta la noticia de la ley, y aun es necesaria también a la interpretación auténtica, ya sea extensiva ya restrictiva, de la ley.

Para conocer si está promulgada la ley, basta conocer cómo son promulgadas las leyes eclesiásticas e indagar si ya se ha verificado eso en la ley de que se trata. Haremos un poco de historia sobre este punto que nos aclarará la respuesta a su última pregunta.

Antes del siglo XIII, la promulgación de las leyes eclesiásticas de los Concilios y de los RR. Pontífices, se hacía generalmente enviando copias de dichas leyes, a cada Provincia o a cada Ordinario por medio de los Primados o Metrópolis. Las Colecciones auténticas de las Decretales, se tenían por promulgadas con enviarlas a las Universidades. En el siglo XIII prevaleció la costumbre de promulgar las leyes y otros documentos pon-

tificios con la publicación de ellas en la ciudad donde residía el Papa, principalmente en Roma: la tal publicación se hacía, ya dando lectura a la ley en las principales basílicas, ya fijándola, v. g. en las puertas de las Basílicas Vaticana y Lateranense y en la Cancillería Apostólica. Las Congregaciones Romanas tuvieron por promulgadas sus Actas con la publicación de ellas, hecha por sus secretarios.

Desde 1870, la Santa Sede acostumbró promulgar sus leyes en la revista «Acta Sanctæ Sedis», haciendo la divulgación en las Oficinas de la misma Sta. Sede. Hubo sin embargo algunas formas especiales de promulgación, v. g. la del Decreto «Tametsi» del Concilio Tridentino, que ordenó se mandara a cada Parroquia para no obligar a los Protestantes con él. El Decreto «Ne temere» (1907) se promulgó enviándolo a los Ordinarios.

Pío X, finalmente fue el primero que con su Const. «Promulgandi» (27 Sept. 1908), instituyó un modo fijo de hacer la promulgación de las leyes eclesiásticas. La disciplina actual, pues, es la siguiente: — A) - Las leyes episcopales y de otros prelados inferiores al Romano Pontífice, no tiene modo fijo de promulgación, sino el que ellos mismos determinen; — B) - las leyes emanadas de la Sta. Sede, se promulgan por la edición del «Acta Apostolicæ Sedis», a no ser que en casos particulares se mande otro modo de promulgación. Se dice «edición» porque la promulgación se entiende hecha, no desde el día señalado al calce de cada ley, sino desde la fecha en que el Acta Apostolicæ Sedis aparece, fecha que está indicada en la portada de dicha Revista. Esta es la fecha de la promulgación, pero obligan estas leyes sólo tres meses después de promulgadas, a no ser que por la naturaleza de la materia, obliguen en seguida, o en la misma ley se señale expresamente tiempo más breve o más largo para que empiece a obligar, (can. 9).

Luis Vega, S. J.

Cera pura
garantizada para labrar

Los mejores precios de plaza

Inés Manzo Vda de Díaz

Uruguay No. 143

México, D. F.

CASA ESTABLECIDA EN 1894

"LAS FABRICAS DE LYON"

Av. Madero No. 72.

FABRE HNOS. S. A.

Apartado 318.

MEXICO, D. F.



Especialidad en Ornamentos y toda clase de artículos para Iglesia, Tronos, Candelabros, Ramos, Atriles, Cálices, Copones, Coronas Imperiales, Incensarios, Camapanas, Fierros para hacer Hostias, capiteles, Vinajeras de todos precios y el surtido más completo y variado en Custodias.

Sagrarios de Seguridad.

Pida usted precio y Fotografía.

Notas Litúrgicas**EL COLOR AZUL EN LAS MISAS DE LA INMACULADA CONCEPCION**

Algunos señores Sacerdotes me han preguntado en qué fecha comenzó a usarse el color azul en las misas de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, porque creen que su uso es muy antiguo y que fue introducido por los misioneros franciscanos.

Deseoso de complacerlos, he estudiado el punto en las únicas fuentes de que puedo disponer: en una colección de añalejos eclesiásticos antiguos que hay en la Biblioteca Nacional; en mi colección, por desgracia deficiente de añalejos y en unos cuantos misales viejos que tengo, y el resultado de mis investigaciones es el siguiente:

1572. — En 1572, según consta por un misal de esa fecha, en mi biblioteca, «*In Conceptione Beatæ Mariæ dicitur Missa de eius Nativitate, quæ habetur mense Septembris, mutato nomine Nativitatis in Conceptione*».

1667. — En unas notas preliminares de un añalejo franciscano de este año, se dice que los franciscanos rezan el oficio de la Concepción Inmaculada con rito de primera clase, porque en el capítulo general celebrado en Toledo en 1645, el 14 de mayo fue proclamada Patrona de toda la religión seráfica.

Allí mismo hacen notar que la bendición octava del oficio era «*Cuius Immaculatam Conceptionem colimus, Ipsa Virgo Virginum...*».

1713. — En un añalejo franciscano de ese año se dice que todo el clero puede rezar el oficio «*Sicut lilium*» y la Misa «*Egredimini*», propios de los franciscanos.

Este oficio «*Sicut lilium*», que entonces era potestativo para el clero secular, fue obligatorio por mandato de Clemente XII (1730-40), para todo el clero secular y regular de España y de las Indias. Así lo dice la rubrica de este día en el apéndice de santos de España, en un Breviario impreso en Madrid por Sancho en 1794. En mi biblioteca.

Este oficio era diferente del que se rezaba en la Iglesia Universal.

La misa, según se lee en un misal franciscano de 1787, tenía este introito: «*Egredimini et videte, filiæ Sion, Regnam vestram, quam laudant astra matutina, cuius pulchritudinem sol et luna mirantur et jubitant omnes filii Dei*», y la oración era: «*Deus qui per Immaculatam...*».

La misa del Misal Romano era «*Salve Sancta Parens*» y la oración «*Famulis tuis quæsumus Domine caritatis gratiæ munus impertire...*».

En todos los añalejos arriba citados, así del clero secular como del franciscano, impresos en Méjico, y en los siguientes hasta 1820, el color del ornamento era blanco.

"EL SEMINARISTA PIADOSO"

Manual de Oraciones y Prácticas de Piedad

Tercera Edición con notables mejoras.-1940

Obra sumamente útil, no sólo para los jóvenes aspirantes al sacerdocio, sino también para los señores Sacerdotes. Esmerada presentación. Más de 400 páginas de texto. Impresión clara y nítida en elegante papel "Biblos", encuadernación en tela negra, planchas doradas, cantos rojos, registros de seda, tres hermosas imágenes en papel satinado, fuera de texto.

Libro recibido con aplausos en muchos seminarios mexicanos

Precio del ejemplar \$2.00

De venta en "Buena Prensa".-Donceles 99-A

Apartado 2181 - México, D. F.

Envios C. o D. y Correo Reembolso

Y siguió siendo blanco hasta 1873.

1874. — En un añalejo de la diócesis de León para 1874, se lee el 8 de diciembre: «*Alb. In Cathed. caerul.*»

1875. — En el añalejo de este arzobispado el ornamento es blanco y la misa propia: «*noviss. approb.*»

1878. — En este arzobispado: «*Alb. et ubi concess. fuerit caerul.*» En uno de la diócesis de León: «*Caerul. ex nova concess.*»

1879. — En este arzobispado: «*Ceruleus (sic) et ubi non habetur, alb.*»

Creo que basta lo expuesto para concluir:

a) — Los franciscanos tuvieron oficio y misa propios, y después fueron extendidos a nosotros, pero el color del ornamento era blanco.

b) — En 1874 comenzó a ser usado el ornamento azul en algunas partes, por privilegio.

c) — En 1878 se hizo extensiva esta concesión a todo el clero. ¿En qué términos se hizo esta concesión? No he podido averiguarlo.

LAS VELAS DE SAN DIMAS

Después de lo que escribí en CHRISTUS en el número de septiembre del año pasado, acerca de la bendición de las velas de San Dimas, tan común entre nosotros, llegó a mis manos un cuadernito reimpreso en Méjico en 1899, pero que para su primera impresión fue fechado en el convento de Santo Domingo de Méjico; el 24 de noviembre de 1850 y firmado por Fr. Ignacio Zabalza, Ministro Prior Provincial. Tiene por título: «*Explicación acerca de las velas de S. Dimas*» y comienza con estas palabras: «*Sólo a los religiosos Dominicos ha sido concedida facultad por los Sumos Pontífices Benedicto I, S. Pío V, Alejandro VI y Paulo V, como consta en el Manual de los PP. Benedictinos, pgs. 33 y 36...*» Y después de algunas líneas, añade: «*Es tan grande la virtud de dichas velas contra todos los males, tanto espirituales como corporales, que bastará sólo llevar consigo alguna parte de dichas velas o tenerla en la casa con reverencia, para verse libres de aquellos, por la infinita misericordia de Dios nuestro Señor.*»

No deja de causarme extrañeza, que todo un señor Prior Provincial, cuando se trata de un privilegio de su orden, cite un vulgar manual de bendiciones de una orden extraña en vez de citar su propio bulario, en el que deben constar esas concesiones.

A nadie se oculta el peligro de los abusos supersticiosos a que expone eso de que basta con tener en la casa un pedazo de una vela de S. Dimas para verse libre de peligros espirituales y corporales.

Pero estas y otras reflexiones son de importancia secundaria para el fin que me propongo en esta nota, y el cual no es otro que confirmar plenamente, con la autoridad de Fr. Ignacio Zabalza, que no está permitido que cualquier simple párroco o capellán, por el hecho de serlo, dé la bendición de las velas de S. Dimas.

EXPOSICION LITURGICA

Coincidiendo con la celebración de la Asamblea Nacional de la Acción Católica, se llevó al cabo una exposición litúrgica, que no obstante fue poco anunciada, que tuvo relativamente pocos objetos y esos no muy bien distribuidos, fue muy visitada, lo que quiere decir que interesó a los católicos.

Por eso y con el sincero deseo de que se haga otra exposición en mejores condiciones, es a saber en local más amplio, preparada y anunciada con la debida anticipación y mejor organizada que ésta, voy a permitirme señalar algunos de los defectos que en ella noté, limitándome a los de lenguaje y no con otro fin, que con el de que se vea la necesidad de mejor preparación.

AMPULA. — En uno de los carteles explicativos que estaban distribuidos entre los objetos expuestos, había uno que decía que las vinajeras son ampulas de vidrio.

Es cierto que en latín hay la palabra *ampulla*, pero en castellano no la hay, ni en el Diccionario de la Real Academia, ni en el de Mejianismo del Sr. Icazbalceta, y solamente entre la gente inculta se suele usar la palabra *ámpula*, con la acepción de *ampolla*.

De *ampulla* dice el Diccionario de Raymundo de Miguel, que es alteración de *amphorula*, anforita y creo que se hubiera entendido mejor lo que son las vinajeras si se les hubiera llamado *anforitas* que llamándolas *ampulas*.

ANTIPENDIO. — En otro cartel decía que hay que desterrar el uso del frontal de los altares y sustituirlo por el antipendio.

En el Diccionario latino de Raymundo de Miguel no encuentro la palabra *antipendium*, ni en los autores antiguos de rúbricas, ni en el Diccionario de la Real Academia encuentro *antipendio*.

En el «*Rationale divinatorum officiorum*» de Durango, edición de 1592, Lib. I, pág. 30, núm. 23, leo: «*...altaris frons aurissimo ornatur.*»

En el «*Manual de liturgia sagrada*» del P. Antoñana (núm. 345 marginal) leo: «*Frontal — Llámase antipendium y pallium altaris.*»

En el Diccionario de la Academia leo: «*Frontal — Paramento de seda, metal u otra materia, con que se adorna la parte delantera de la mesa del altar.*»

Y en la palabra siguiente: «*Frontalera — Fajas y adornos como goteras que guarnecen el frontal por lo alto y por los lados.*»

De lo expuesto deduzco que los redactores de los carteles confundieron el frontal con la frontalera y que si hubiesen usado estos términos, todo el mundo los hubiera entendido mejor que el «*antipendio*».

Jesús García Gutiérrez.

"EL TROQUEL"

CHRISTIAN HALBINGER

1ª Calle de Luis Moya N° 5 Apartado Postal N° 524

Tel. Eric. 12-95-36. Tel Mex. L-36-86

México, D. F.

MATERIAL PARA HACER ROSARIOS:

CUENTAS: — en vidrio, madera, alpacca, imitación perlas, vidrio ahumado, alabastro, etc., etc.

CRISTOS: — en aluminio, latón barnz, dorado, plata alemana, imitación concha, fierro, plateados, etc., etc.

ENTRE-DOS: — en plata alemana, latón, figuras ovaladas y redondos, etc., etc.

MARIAS: — En aluminio, latón barnz, dorado, plata alemana, plateadas, fierro, etc., etc., figuras ovaladas, caladas, «monograma», etc., etc.

ALAMBRE: — pinjante, dorado fino a prueba de ácido, plata alemana, rollo de 200 gramos, cobre, etc., etc.

CADENAS: — alpacca, fierro, fierro niquelado, fierro latonizado, plata fina, dorado fino a prueba de ácido, etc.

PIDA USTED TODA CLASE DE INFORMES

SECCION PASTORAL

La psicología y el ministerio Sacerdotal

La Pastoral no desprecia ni la psicología ni las experiencias de los psiquiatras seculares.

El Sacerdote se sirve de los medios humanos los espirituales y los aplica sobrenaturalmente para atraer los hombres y salvarlos.

Así el Canónigo Saint-Laurent ha vulgarizado en francés y el Pbro. Antonio Alvarez de Linera en castellano los estudios de psicología aplicada.

Ambos han cristianizado las observaciones y los métodos de médicos laicos y materialistas para uso de los que creen en la ciencia y en Dios en el cuerpo material y en el espíritu inmortal.

El Sacerdote tiene mil ocasiones de aprovechar tanto para sí como para los demás el fruto de sus estudios.

— I —

CONCENTRACION DE LA ATENCION

LA DISPERSION MENTAL

— Algunas personas no llegan a tener el éxito a que parecen llevadas por su talento y su cultura, porque son víctimas de una debilidad corriente en nuestros días que se llama *dispersión mental*.

No tratamos de los que no saben determinar con exactitud el fin que se proponen. Engañados por espejismos de la imaginación y arrastrados por una actividad exuberante, pretenden realizar a la vez, diversos trabajos, y fracasan en todos ellos porque reparten infructuosamente sus esfuerzos. Lo que dice nuestro antiguo refrán castellano: «Quien mucho abarca, poco aprieta».

San Vicente de Paul escribía a su discípulo Le Vacher, que se dejaba arrastrar por un celo intempestivo: «¡Dios mío, Señor, cuánto deseo que modere usted su ardor y pese maduramente las cosas en la balanza del santuario, antes de resolverlas!».

Aquí hablamos de los que no llegan a mantener fijo su espíritu en la ocupación presente.

— ¿Es usted víctima de esta enfermedad?

Ejemplos de dispersión mental: — Una persona, decídese a leer en unas horas, que tiene hoy libres, las páginas de una obra. Sus manos pasan las cuartillas; sus ojos recorren los renglones, pero el trabajo es maguinal. Nuestro hombre lee sin llegar a fijar la atención en lo que está recorriendo con la mirada.

Otra persona es conocida entre sus amistades por sus distracciones. Le cuesta trabajo seguir las conversaciones. Cuando le hablan, está pensando en otra cosa, según la frase tan cono-

cida de estar siempre «en la luna». Le falta concentración de su atención.

Otros realizan las diversas acciones de la vida corriente con una especie de automatismo que supone una falta total de atención. Cogen una cosa por otra: un corta-papel por unas tijeras, un lápiz por un llavero. No colocan jamás en su sitio los objetos que acaban de manejar.

La dispersión mental, perjudica al que la padece. Disminuye sus fuerzas mentales o por lo menos paraliza su actividad. Por consiguiente, reduce en proporciones, más o menos considerables, sus probabilidades de éxito.

* * *

— *La dispersión mental perjudica la calidad del trabajo.*

Realizado con falta de atención, pululan necesariamente las imperfecciones en el trabajo. Si se trata de un trabajo intelectual, las ideas no se encadenarán de acuerdo con las leyes de la lógica; los razonamientos carecerán de profundidad; el estilo será impropio del asunto de que se está escribiendo y manifestará, con su confusión, la imprecisión del pensamiento.

Si se trata de un trabajo manual, no tendrá ese «perfilamiento» que lo haría valer más.

* * *

— *La dispersión mental cansa el cerebro.*

El que padece esta debilidad, sigue siempre varias ideas a la vez. En torno a la idea principal, que debería ocupar exclusivamente la inteligencia, se deslizan ideas secundarias, muchas veces sin relación con ella. La dispersión mental impone, pues, al cerebro un esfuerzo suplementario, que no sólo es inútil, sino que aun llega a perjudicarlo.

Un automóvil, convenientemente engrasado, anda bien. Si entra arena en la caja de velocidades y se aloja entre los dientes de las ruedas, se traban los engranajes, se calientan y acaban por bloquear el motor. La presencia de estos cuerpos extraños ha originado que el mecanismo se pare. La inteligencia humana no puede dedicarse más que a un solo objeto a la vez. Nuestro entendimiento podrá sin dificultad atender a varias ideas sucesivas; pero, si se le presentan simultáneamente, se agota y no podrá llegar a buen fin.

Según algunos célebres médicos, la neurastenia se caracteriza esencialmente por la incapacidad de concentrar la atención. El neurasténico, dicen, ha perdido el dominio de sus propios pensamientos; está obsesionado por una multitud de ideas secundarias simultáneas, que, siendo más o menos conscientes, le impiden que siga la idea principal. De ahí viene el que decaiga su potencia mental, se agoten las fuerzas cerebrales y se perturbe la voluntad que, por falta del entendimiento así oscurecido, no acierta ya a decidirse.

* * *

— *La dispersión mental hace antipático el trabajo.*

No se hace con gusto lo que no se ejecuta con relativa facilidad. Si un trabajo exige esfuerzos moderados, lo emprendemos alegremente y hasta experimentamos un placer real en vencer las pequeñas dificultades que presente. Pero, si un trabajo exige un esfuerzo extraordinario, huímos de él con terror, y, si no podemos librarnos del mismo, lo hacemos lo más pronto posible para desembarazarnos pronto de él. No se puede esperar que la mayoría de los hombres tengan un valor heroico.

La dispersión mental disminuye de tal modo el poder cerebral de quien la padece, que la menor ocupación seria, es superior a sus fuerzas. Retrocede ante el trabajo y cae en una dolorosa holgazanería que aumenta todavía más su tendencia a distraerse.

— II —

La concentración de la atención facilita el trabajo.

¿Se siente usted capaz de sumar de prisa y sin equivocarse, largas columnas de cifras, en un café en que un centenar de parroquianos fuman, hablan en voz alta, juegan al billar y llaman a voces? No. Se equivocaría usted a cada momento, porque todo ese ruido lo distraería. Cada distracción hace que baje nuestra tensión cerebral, del mismo modo que cada grieta de una caldera hace que baje la presión del vapor.

Si, por el contrario, se encierra usted en un cuarto silencioso, hará con facilidad las cuentas más complicadas, porque nada habrá que aparte su espíritu de los cálculos que esté haciendo.

La atención no sólo es necesaria para la labor intelectual, sino que la exigen también los trabajos manuales. ¿Puede el ebanista cepillar un tablero sin mirar por donde corre la herramienta? ¿Puede el picapedrero partir piedras sin mirar lo que golpea? Si uno y otro se distraen, realizarán mal su tarea: el primero disminuirá el grueso de la madera; el segundo se dará golpes a sí mismo. Si desea usted dar a su trabajo la mayor perfección con un mínimo de tiempo y esfuerzo, es completamente necesario que concentre en él la plenitud de su atención.

* * *

La concentración de la atención perfecciona la memoria.

La atención no sólo influye en el conocimiento del momento que, gracias a ella se hace más preciso y profundo, sino que influye también en el conocimiento futuro que a la memoria corresponde evocar, acrecentando la estabilidad y duración del recuerdo. Sin atención, no hay recuerdos persistentes y claros. «La atención, —decía Montaigne,— es el buril de la memoria».

Tal vez se queja usted de su memoria porque retiene mal lo que le confía. Sin embargo, conserva fielmente ciertos recuerdos de su primera infancia que se han grabado en su memoria con rasgos indelebiles.

¿Ha averiguado el por qué de ese fenómeno comprobado con tanta frecuencia?

Los hechos de que fue testigo en su primera juventud, las palabras que oyó entonces, hirieron vivamente su imaginación aun fresca. Esos hechos y esas palabras cautivaron tan poderosamente su atención, que se incrustaron en su memoria, como si la atención, actuando de buril, los hubiese grabado en ella.

Pero ahora no presta atención suficiente y por eso no guarda recuerdo de las cosas. ¿Quiere aprenderse una poesía, retener un hecho, una fecha, una cifra? Concentre su atención sobre esa poesía, ese hecho, esa fecha, esa cifra. Se grabarán tanto más hondamente en su memoria, cuanto más atentamente se fije en ellos. La atención es el buril de la memoria.

Por este medio, sin valerse de procedimientos nemotécnicos, por otra parte tan recomendables, puede sin dificultad cultivar su memoria. Es inútil que le demuestre las ventajas que obtendrá de ello, en la vida diaria, los perjuicios, que sin duda se le han seguido de ciertos olvidos, me dispensan de dar estas explicaciones.

* * *

La concentración de la atención hace adquirir experiencia.

La inmensa mayoría de los hombres carecen de espíritu de observación. Echan sobre lo que les rodea una ojeada superficial: ven, pero no miran. Recorren en sus viajes países desconocidos y no traen de ellos más que recuerdos de grande imprecisión. Tratan con sus semejantes y no se fijan en los rasgos particulares de su fisonomía y aun menos se dan cuenta de su carácter, de sus reacciones, de sus maneras de obrar.

Si supiésemos mirar a los hombres, agudizaríamos a poca costa nuestro sentido psicológico; llegaríamos a descubrir rápidamente sus caracteres, sus gustos, sus sentimientos; aprenderíamos el arte de manejarlos, y de conducirlos.

* * *

La concentración de la atención sirve para resolver las situaciones difíciles.

Lucha perpetua es la vida del hombre en la tierra, dice la Sagrada Escritura. Tenemos que librar luchas incesantes: en el orden sobrenatural, contra las tentaciones y poderes del mal; en el orden natural, contra los obstáculos.

¿Cuáles son esos obstáculos? Dificultades domésticas, contrariedades que ponen trabas a nuestra libertad de espíritu y nos molestan en el trabajo; competidores desleales cuyas tretas es necesario frustrar; negocios que peligran y reclaman rápido enderezamiento para evitar una catástrofe.... La vida diaria siembra bajo nuestros pies, millares de espinas, más o menos agudas, que retrasan nuestros pasos.

Los temperamentos pobres en recursos y resortes se dejan desmontar por las dificultades imprevistas. Se inquietan, no saben qué medidas tomar y pierden el tiempo en vanas lamentaciones. Su indecisión agrava y compromete a veces su situación.

Cada caso difícil exige una solución. A usted le toca el bus-

carla. Pero sepa que no la encontrará más que con calma y reflexión.

El poder de la atención le permitirá hacer cara a su situación y enfocarla desde su verdadero punto de vista a la luz de la razón, sin dejarse influir por las alucinaciones imaginarias. Sólo entonces podrá usted elegir los remedios apropiados y eficaces.

* * *

La concentración de la atención preserva del aburrimiento.

Hay muchas personas que desconocen el valioso arte de distraerse con placer y provecho, cuando terminan su tarea diaria a que les obliga su condición social o profesión. No logran «matar» el tiempo agradablemente: mariposean de una en otra distracción sin detenerse en ninguna y caen en ese tedio mortal que es la venganza de la ociosidad.

Hay radioescuchas que se pasan la velada delante de su aparato receptor. Cogen sucesivamente los diferentes conciertos que radian a diario las grandes estaciones. Pero cambian constantemente de estación. En cuanto han oído tres o cuatro minutos, captan una tras otra, sin detenerse en ellas. En un cuarto de hora han dado la vuelta al mundo. Terminada la velada, se van a dormir, cansados, enervados, renegando de la radiofonía que no les ha procurado placer alguno. Si hubieran sabido escuchar atenta y pacientemente un solo concierto escogido de antemano entre los programas publicados, hubieran saboreado placeres intelectuales y artísticos. El hombre que se mantiene dueño de su pensamiento y sabe fijar su atención, jamás se aburre. Disfruta en mirar lo que le rodea. Bien sea que viaje en ferrocarril, ora se pasee por el campo, o charle con otras personas, halla en todas partes algo que observar. El objeto más insignificante le interesa.

— III —

EL APRENDIZAJE DE LA CONCENTRACION

Hasta aquí no habíamos salido, del campo de la teoría: ahora entramos en el de la práctica.

He aquí varios ejercicios que ayudarán muy eficazmente a concentrar la atención. Gracias a ellos se desligará usted de las preocupaciones obsesionantes y de las ideas fijas; gracias a ellos fortalecerá su potencia cerebral.

Todo el secreto consiste, en que en ellos se ha tenido en cuenta cuál es la esencia de esta debilidad. Lo mismo cuando es pasajera, que cuando tiene carácter duradero, suele deberse a una reflexión demasiado profunda que se sume de tal modo en el interior del alma, que los objetos exteriores carecen de poder para provocar la reacción de la inteligencia de llevar su atención hacia ellos. Así se explica la distracción de la mayoría de los grandes sabios, demasiado atentos a sus ideas para estarlo

a los objetos circundantes.

Otras veces la distracción se debe a cierta debilidad intelectual o pereza de la voluntad que nos lleva a distraernos por el incidente más fútil de la vida cotidiana, o andar soñando, en lugar de fijarnos en lo que estamos estudiando o realizando.

Perturbaciones asimismo de la atención son la preocupación, incapacidad esencialmente transitoria procedente de que el espíritu está ya atento, muy a pesar suyo, a un objeto que por completo lo acapara, con lo que, imposibilitados de dejar de pensar en una primera cosa y de pensar en una segunda, esta segunda imposibilidad es consecuencia de la primera. Se está, en efecto, distraído porque se está preocupado.

La voluntad, finalmente, es en otras ocasiones, la causante de esas otras enfermedades de la atención que se llaman aturdimiento, ligereza y disipación, por no ser bastante fuerte el deseo de conocer ni bastante imperioso para retener largo tiempo al entendimiento sobre unos mismos objetos, de donde se sigue esa movilidad de la atención y esa distracción natural y casi constante de este último grupo de perturbaciones.

De estos principios se deducen, pues, las reglas para educar la atención.

Primer ejercicio. — Este ejercicio consiste sencillamente en andar fijando la atención en los diferentes movimientos exigidos por la deambulación. Es preciso que primeramente tenga usted conciencia de cada paso y lo compruebe pensando: «*Ahora adelante el pie derecho y ahora el izquierdo...*» y así sucesivamente, hasta terminar el ejercicio. Es claro que de ese modo no andará muy de prisa; el esfuerzo exigido por ese andar consciente, no se lo permitirá, sobre todo al principio. No se sonría con escepticismo. Este ejercicio lo prescriben médicos ilustres que, por medio de él, han realizado curas maravillosas. Debe ejecutarse con más o menos frecuencia y más o menos detención, según los casos.

Los muy deprimidos, que han perdido casi toda la capacidad de atender y que no pueden deshacerse de las ideas obsesiones, practicarán a diario dos o tres ejercicios de andar atentamente, de diez minutos a un cuarto de hora cada uno. En cuanto a las personas que tan sólo experimentan una pequeña dificultad en estabilizar su espíritu, les bastará un ejercicio de algunos minutos. Con preferencia deberán practicar durante la hora antes de comenzar su trabajo intelectual.

* * *

Segundo ejercicio. — Siéntese cómodamente. Coloque las dos manos sobre las rodillas, con los dedos separados y la extremidad del pulgar izquierdo tocando a la del pulgar derecho. Mire atentamente durante algunos segundos sus manos colocadas de este modo. Luego cierre los ojos y siga con la mente el contorno de sus dedos, comenzando por el dedo meñique de la mano izquierda para terminar con el meñique de la mano derecha.

Practique este ejercicio tres o cuatro veces seguidas, despa-

cio, cuidando de alejar toda idea extraña. Para que esté bien hecho el ejercicio, es preciso que se realice sin distraerse ni una sola vez.

* * *

Tercer ejercicio. — Mire un grabado cualquiera que represente un rostro o un paisaje. Fíjese con mucha atención en las líneas, sombras, luces y colores. Cierre en seguida los ojos y siga con la mente el dibujo. Reconstituya en su imaginación sus sombras, sus luces, sus tintas y sus líneas.

Hay que llegar a ejecutar este trabajo sin que haya que abrir los ojos para mirar de nuevo el modelo y sin dar cabida a ningún pensamiento extraño. No es fácil.

Útilice para empezar, un grabado sumamente sencillo: una cabeza, por ejemplo, reproducida mediante unos rasgos muy marcados, como los de las caricaturas de los periódicos. Cuando llegue a hacer con facilidad el ejercicio valiéndose de un dibujo muy sencillo, practique con otro más complicado. Esta pequeña ginnasia le ayudará mucho a concentrar la atención.

* * *

Cuarto ejercicio. — Tome un puñado de arroz o de lentejas y eche estas semillas sobre un periódico extendido en una mesa. Cuéntelas valiéndose de un alfiler o de la punta de una navaja. Anote el número de semillas que haya contado. Vuelva en seguida a empezar la operación hasta que llegue a obtener el mismo resultado.

Podrá variar y complicar gradualmente este ejercicio, bien aumentando la cantidad de semillas que tenga que contar, ora empleando otra más pequeñas, o bien dedicándose a hacer este recuento de sobremesa, mientras se está charlando a su lado. De este modo aprenderá a dominar los nervios y a abstraerse de los ruidos exteriores.

Si ejecuta este ejercicio en familia, se convertirá sin sentir, en un juego de sociedad muy divertido. Cada uno de los jugadores cuenta por su parte las semillas entre las risas de los concurrentes, que se dedican a distraerlo, y describe en un papel el número de semillas que le ha resultado, y al fin se comparan las cifras obtenidas por cada uno.

* * *

Quinto ejercicio. — Lea atentamente una página de un libro escogido por usted mismo. Cierre el libro y haga por escrito en pocas palabras el resumen de lo que ha leído. Hay que anotar las diferentes ideas expuestas por el autor, sin omitir ninguna. Compare su resumen con el original para comprobar su exactitud.

Complique gradualmente este ejercicio, leyendo sucesivamente dos páginas, luego tres, más adelante cuatro, y transcribiendo en seguida de memoria, las ideas principales del autor, sin consultar de nuevo el texto leído.

Permítasenos aquí una corta digresión de alcance práctico. Desconfíe de las lecturas atropelladas. — Llevadas de la curio-

sidad, hay personas que devoran de este modo novelas o relatos interesantes, no leyendo más que cinco o seis renglones por página; tienen prisa por conocer el desenlace de la aventura que las está apasionando. So pretexto de ganar tiempo, hay estudiantes que recorren igualmente a saltos con la vista las obras serias, cuyo conocimiento les es necesario.

Nada tan nefasto como la lectura atropellada. Impone al cerebro un cansancio anormal que predispone a la neurastenia. Además no proporciona más que un provecho intelectual restringido; y aun suele no servir para nada. Una lectura atenta, con tal que no se prolongue exageradamente, no agota las fuerzas del cerebro; en cambio deja una impresión de bienestar y satisfacción.

Adquiera la costumbre de leer tomando apuntes. Mucho mejor sería subrayar en el libro que se lee, las ideas principales, cuya lectura constituiría el día de mañana, un recordatorio de lo leído o un repaso de lo estudiado en aquel libro. Y no digamos nada si las notas tomadas, se han recogido dándoles forma sinóptica. Tal costumbre le libraría de esas lecturas «vacías» hechas, como si dijéramos, automáticamente, sin atención. Revise de vez en cuando las notas que haya coleccionado. Rompa las que no le vayan a servir: no se cargue de papeles inútiles.

EL DESCANSO

A los ejercicios aducidos, que positivamente contribuyen a adquirir la concentración de la atención, hemos de añadir un procedimiento de carácter negativo, pero que contribuye eficazmente a combatir las debilidades de la atención, me refiero al descanso.

Todo trabajo debe interrumpirse con el descanso, y, más que ningún otro, el trabajo intelectual. Nuestras fuerzas cerebrales tienen límites que no se pueden sobrepasar impunemente. El poeta latino decía con razón: «Romperás el arco, si lo tuvieres siempre en tensión» — *Rumpes arcum, semper si tensum habueris*.

* * *

Los sabios psicólogos y psiquiatras, de quienes hemos tomado los ejercicios descritos anteriormente, recomiendan un ejercicio de desconcentración que procure al cerebro el descanso necesario.

Para que este ejercicio sea bien comprendido, y por tanto ejecutado debidamente, se necesitan explicaciones preliminares:

Alguna vez habrá visto una carretera que se extiende en línea recta hasta perderse de vista o una vía férrea que, en una longitud de varios kilómetros, se dirige en línea recta hacia el horizonte. Habrá notado que los dos bordes del camino y los dos rieles parece que se aproximan cada vez más y se unen en la lejanía. He ahí por qué las leyes de la perspectiva exigen que un dibujo las líneas paralelas lleguen a reunirse en un mismo

punto. Dése cuenta de este principio de perspectiva, examinando su aplicación en un cuadro que represente un paisaje.

Vamos a ver cómo ejecutará este ejercicio de desconcentración. Siéntese cómodamente en un sillón. Cierre los ojos y represente en la imaginación dos líneas rectas que se junten en un punto lo más lejano posible. Siga esas dos líneas hasta el punto en que se unen. Es preciso realizar esta pequeña labor rápidamente, en el transcurso de seis a siete segundos.

Quizás le cueste algún trabajo representarse esas dos líneas y seguir las hasta el punto en que se encuentran. No se desanime por esa pequeña dificultad. Con un poco de paciencia acabará por lograrlo.

Cuando haya adquirido el hábito de seguir de este modo dos líneas hasta el punto en que convergen, añada a su experimento un nuevo elemento que aumentará su valor. Expulse lentamente el aire respirado siguiendo las dos líneas imaginarias. Para ejecutar el ejercicio con perfección, hay que emplear el tiempo de una expiración prolongada.

Repita este ejercicio cinco o seis veces seguidas, cuando deje de trabajar, para descansar un poco.

Esta gimnasia hecha con corrección le procurará un alivio inmediato. Experimentará una sensación de bienestar, como si se hubiese dado masaje en la frente al nivel de las sienes. Le parecerá que todo su cansancio cerebral se ha marchado de la cabeza y se ha ido muy lejos, allá donde las dos líneas, seguidas con la imaginación se han encontrado.

Dedíquese a este ejercicio hasta que lo haga a la perfección. Entonces comprobará que no exagerábamos al proclamar su eficacia para hacer descansar.

* * *

Es necesario procurarse alguna distracción. — Todo el mundo lo reconoce; pero la mayoría no llega ni aun a sospechar que, para que el espíritu descanse, la distracción debe ser activa.

La actividad de que hablamos aquí, no significa «esfuerzo» y mucho menos «esfuerzo costoso». Se opone únicamente a esa pasividad, a esa falta de orientación que perjudica porque acumula la dispersión mental.

So pretexto de descanso, algunas personas se dedican a soñar, dejándose llevar en alas de su imaginación. Un pensamiento evoca otro, y se acaba por hallarse uno a mil leguas del punto de partida de estos pensamientos. No olvide que las ideas son fuerzas poderosas, peligrosas a veces, porque llevan a realizar lo que se ha pensado y, si lo pensado es algo inmoral... Además, la mala costumbre de seguir, sin oponerse a ello, el curso de nuestra fantasía, debilita el poder mental. En el hombre, la inteligencia desempeña el papel de jefe; no haga usted de ella un muñeco. No pierda, pues, nunca el dominio sobre sus ideas.

Otras personas, para descansar, no hacen nada, no piensan en nada. Recurso absurdo. «La naturaleza tiene horror al vacío» y «la vida es movimiento», dicen los filósofos. La ociosidad total

cansa mucho más que un trabajo moderado; nos hace caer en un tedio incurable, destruye la energía intelectual y moral, conduce a la abulia, a la falta de voluntad y a la pereza: en una palabra, atrofia las facultades del alma.

Finalmente otras personas se distraen poniéndose a jugar o a realizar algún trabajo manual, pero sin constancia. Comprende esa inconstancia cuando la persona que busca un descanso intelectual piensa hallarlo en un juego tan mentalmente agotador como el ajedrez que, en lugar de procurar descanso, cansa aún más a la inteligencia. Pero no: se trata de las personas que, en recreos que habían de aliviar su cansancio, cambian de juego a cada instante y no terminan ningún trabajo que comiencen. Citábamos anteriormente el caso de ciertos radioescuchas que pasan el rato dando vueltas a los condensadores de su aparato y no siguen jamás un concierto. Distracciones entendidas de este modo, fastidian en lugar de divertir; cansan en lugar de procurar descanso.

El mejor alivio se lo procurarán los ejercicios físicos o las ocupaciones sencillas.

Le recomendamos muy especialmente el paseo, sobre todo el paseo por el campo. El andar a través del campo, a la sombra de los árboles, a la orilla del mar, activa la respiración, suministra a los pulmones el aire puro que necesitan, desentumece las articulaciones y pone en movimiento a los músculos.

Los hombres de estudio, sobre todo cuando llegan a la edad madura, deben preferir el ejercicio de andar a los deportes violentos que gastan mucha fuerza, y, por el cansancio excesivo que producen, perjudican el trabajo intelectual.

He aquí a título de indicación, algunas ocupaciones fáciles que pueden servir de agradable distracción.

La música sirve de descanso, calma y eleva el espíritu.

Pocas personas son capaces de descifrar en el piano las mortales obras maestras de Bach, Mozart y Beethoven. Los maravillosos progresos del fonógrafo y de la radiofonía permiten escuchar la mejor música, ejecutada por artistas célebres y orquestas de fama.

La fotografía, que exige poco gasto, si se contenta uno con los tamaños pequeños fácilmente ampliables, le ocupará a usted sin cansarlo y perpetuará el recuerdo de sus viajes y de los acontecimientos felices de su vida.

El dibujo y la pintura le permitirán realizar trabajos encantadores y embellecer con ellos, su hogar.

Otro tanto diremos de las artes decorativas (pirograbado, repujado en estaño y cuero) y de la encuadernación. En poco tiempo se puede adquirir una real habilidad y con un poco de gasto lograr resultados muy apreciables.

Todos estos trabajos constituyen excelentes maneras de distraerse. Aun a ellos conviene prestarles la atención debida. No nos cansaremos de repetirlo: nada perjudica tanto a la salud intelectual y moral, como dejar que la imaginación ande de un lado para otro.

CHRISTUS Y VIDA CONTEMPORANEA

Son dos Revistas hermanas, que pueden y deben llegar juntas a la mesa de estudio del Sacerdote. Ambas tienen la misma dirección, el mismo criterio, idéntico fin de cultura vulgarizada, tan conveniente y necesaria en la vida sacerdotal.

La diferencia está en la materia. La de "CHRISTUS" es puramente eclesiástica. La de "VIDA CONTEMPORANEA" es profana y complemento de la primera.

Lo profano de "VIDA CONTEMPORANEA" comprende la historia actual nacional y universal: los principios y las aplicaciones de la vida política, social, económica, científica y literaria.

El mundo vive de ideas. Progresas con las verdaderas y buenas; y sufre o se destruye con las falsas y malas. La revelación, la filosofía y la historia disciernen las unas de las otras, las aprueba o las condenan. Así "VIDA CONTEMPORANEA" quiere cumplir una parte de esa Misión.

Y pueda ser útil a todas las personas (y son muchas) que se preocupan hoy por los problemas ideológicos y prácticos, de la vida pública y privada de nuestros tiempos tan inquietos y en continua ebullición.

"VIDA CONTEMPORANEA" en el plan y en el fin que se propone, es algo nuevo entre las publicaciones periódicas mexicanas.

El Sacerdote, que en medio del pueblo cristiano, tiene una multiforme misión de dirección y de cultura, debería conocer la Revista: propagarla entre los seglares; y colaborar en ella, en lo posible, con artículos personales. Se puede decir, que "VIDA CONTEMPORANEA" está escrita para los Sacerdotes y que debería estar escrita por los Sacerdotes.

Para que la Revista sea cuanto antes conocida de todos, la ponemos a disposición de todos. EL SACERDOTE QUE DESEE RECIBIR gratis, "VIDA CONTEMPORANEA" por un bimestre; es decir, 4 números sucesivos, escriba cuanto antes a la Administración: Apartado 2181. — México, D. F.

José C. Taurino Rovey.

VIDA CONTEMPORANEA

Historia - Filosofía - Sociología - Ciencias - Letras.
40 páginas - Quincenal - Sale el 10 y 25 de cada mes.

Suscripción anual \$ 5.00 ó Dhs. 1.50

Apartado 2181. — México, D. F.

Apuntes de Pastoral

LA PREDICACION

Lo obligatorio. — Por justicia, por disposición positiva, por el carácter de pastor y padre el párroco ha de predicar. Después de la administración de los sacramentos *in extremis*, es la obligación más grave que tiene. Fue el primer precepto de Cristo a los Apóstoles: *prædicate*.

Aunque la obligación está vinculada por la legislación a los domingos y fiestas principales, el buen pastor aprovecha la oportunidad que le ofrecen las visitas a los enfermos, el viático, las exequias, el matrimonio, la primera comunión. Muchas de esas ocasiones no presentan solemnidad y por eso se puede hablar con mayor sencillez y quizá con mayor provecho.

Cuando el párroco por enfermedad u otra causa habitual no puede cumplirla por sí mismo la desempeñará por otro competente. Nunca podrá dispensarse de la predicación más eficaz, la del ejemplo.

Si llama algún predicador, ha de pedir y obtener con anticipación el permiso del Ordinario. Hay que tener presente que un predicador más retórico que uncioso y doctrinal, es bueno para académicos, no para el pueblo.

* * *

Excusas. — *Ite prædicate*, impone el derecho divino. Y San Pablo: *misit me Christus prædicare non baptizare*. Lo contrario de lo que muchos piensan y hacen.

El pueblo no acude. Por una sola alma predicó Cristo en el pozo de Sicar; muchas veces predicó a solos los Doce. Si hubiera predicado sólo a las muchedumbres, careceríamos de la mitad del Evangelio.

Si yo viera atención, me sentiría alentado; pero... Y ¿cuál es la causa? Si fuera la impericia, o lo que sería peor, la imprevención del predicador....?

No recojo provecho alguno. Nunca el provecho obtenido fue el criterio para juzgar de una obligación. Pero basta recordar a Cristo: ¡Ay de tí, Corazain, ay de tí, Bethsaida...! Y lo otro: *si ego non venissem..., nunc autem excusationem non habent*.

Ah, pero me falta tiempo. No puede negarse que poco queda en el día a un párroco celoso; pero y si no faltara precisamente por los cuidados pastorales... Mas en casos excepcionales podemos contar con la preparación remota, con la meditación matutina. Dieciocho horas de confesonario no quitaban al Cura de Ars el tiempo para preparar sus famosas catequesis que fue a oír el mismo Lacordaire. Un ánimo paternal, bondadoso y habitualmente recogido, siempre podrá hablar con orden y sencillez, cual conviene al pastor.

* * *

Preparación. — Ya que el escepticismo, la crítica y aun la incredulidad han extendido sus redes por muchos lados, la predicación no puede ser una simple exposición de la verdad; debe ser apretadamente razonada. Para ello es imprescindible el estudio; para ello, después de la casa de Dios, el blanco de los cuidados del párroco ha de ser su biblioteca. Para ello es necesario tener nuestros conocimientos al día; y como los libros no pueden renovarse constantemente, hay que acudir a las revistas. Hay que buscarlas, y no sólo las de ciencias eclesiásticas, sino también las que se ocupan de asuntos sociales, de divulgación científica, de cultura general.

Pero, —se dice,— falta tiempo. En parroquias pequeñas, en los poblados menores, será rarísimo. Mas dondequiera que se presente el problema, en la ciudad o en el campo, sólo tiene una solución: cada trabajo a su hora, y cada hora para su trabajo.

Otro pretexto para la imprevención, es la falta de cultura del auditorio. Los adversarios no lo han creído así; y para sus embaucamientos han ido a buscar los más ignorantes, adaptando a sus mentes el error. ¿Por qué —entonces— no aprender el proceso para aplicarlo a la verdad?

Al estudio fundamental de las fuentes de la revelación hay que agregar lo necesario para acomodar el mensaje evangélico a las mentes de los contemporáneos. Hay que exponer la doctrina social que se deduce del evangelio, que tal es el campo donde ahora bullen las ideas, y no siempre justas.

El estudio de la ascética, poco aprovechará sin su propedéutica, la psicología experimental y sin su remate, la mística.

* * *

Materia. — Ante todo, ha de ser proporcionada al auditorio, a sus necesidades. Hablar de los errores de los montanistas o de Berengario y callar acerca del comunismo es haber perdido el sentido de la realidad.

Nada más frecuente que un ascetismo planidero y sentimental que a nadie educa, que nada enseña. Base de toda predicación tiene que ser el dogma: en el *quæcumque mandavi vobis* del mandato apostólico, sólo irrazonablemente se incluye la moral únicamente. De este defecto adolece a veces la exposición de los mismos Ejercicios Espirituales. El *mandavi* no encierra solamente los preceptos, como quisiera una etimología simplona y fácil, sino como lo quiere la primera y propia significación del verbo: todo lo que os confié. *Quod in aure auditis prædicate super tecta*.

Y eso vale no solamente de la predicación extraordinaria, como en Cuaresma, en misiones, sino precisamente de la ordinaria o dominical, puesto que precisamente ella es el alimento de la vida cristiana común, diaria.

Según la oportunidad hay que entrar por los campos de la apologética, pero no con aire de abogado principiante, sino *tamquam auctoritatem habens*. Las luminosas encíclicas de los Pa-

pas desde León XIII hasta la novísima de Pío XII, son claro ejemplo de la predicación apropiada a las necesidades presentes.

La Homilía. — Es una a manera de conversación familiar que contiene la exposición exegética, práctica y sencilla de un pasaje de la Sagrada Escritura, particularmente del Evangelio. Por la forma se acerca a la catequesis, por su importancia es el medio más oportuno para popularizar la Sagrada Escritura y la figura del Salvador. Los predicadores, que no el pueblo, van perdiendo el gusto por esta forma de predicación, para dar lugar a discursos temáticos.

Sus cualidades principales son, brevedad, método, jugo. Breve, para que el auditorio mantenga la atención y la prisa no destierre la concurrencia. En muchas diócesis está mandado que no dure más de diez minutos. Metódica, para provecho del orador y del auditorio, pero principalmente de éste, que con ello podrá retener fácilmente lo oído. De ello tenemos el ejemplo de Cristo en sus numerosas parábolas. El jugo ha de fluir de la importancia del asunto, de la solidez de las pruebas, de la forma persuasiva, insinuante y honda de las reflexiones.

La homilía está menos sujeta al artificio oratorio que el discurso temático, pero no por eso congela el calor de la elocuencia; al contrario, en ella es más espontáneo.

¿Cómo prepararla? Meditando el pasaje sobre que ha de versar a la luz del dogma, de la ascética, examinando el contenido de pensamientos y palabras. En una semana parroquial habida en Viena, poco antes de la invasión nazi, un párroco peritísimo en la materia, contaba en una de las lecciones que para preparar su homilía dominical procedía así: hasta el miércoles acopiaba el material, observando las necesidades y conversaciones de los feligreses, las noticias de la prensa, la marcha general de los acontecimientos, comparándolo todo con el evangelio de la dominica siguiente; empleaba los días restantes de la semana, en dar forma adecuada al material acumulado, eligiendo únicamente el más oportuno.

Aunque el canevá ordinario de la homilía es el evangelio de cada domingo, para variedad y para dar instrucción completa, puede tomarse todo el Evangelio, las epístolas, la liturgia, los puntos principales del dogma o de la doctrina social.

E. N.

SEÑOR SACERDOTE:

En bien de la niñez propaga
"LA CRUZADA"

Pida propaganda gratis a "BUENA PRENSA". - Donceles 99-A

Apartado 2181. - México, D. F. - Suscripciones:

Un año \$ 5.00

Seis meses \$ 2.50

"LITURGICO"

Reconocido por el V Clero como el mejor

VINO PARA CONSAGRAR

Magnífico sabor

Garantía absoluta

Precio económico

PRECIOS EN SUS TIPOS DULCE, — SEMI-DULCE Y SECO:

Caja de 6 botellas	\$ 11.70
Caja de 12 botellas	22.50
Caja de 12 botellas con los 3 tipos ..	22.50
Caja de 24 botellas	43.95
Caja de 24 botellas con los 3 tipos ..	43.95
Barril de 18 litros	43.00
Barril de 35 litros	77.00
Barril de 70 litros	148.00

NOTA: — En todo pedido que venga acompañado de su importe, concedemos el 3% de descuento.

Agencia Eclesiástica Mexicana

Allende N° 4.

Tel. Eric. 12-31-32

Apartado 134-Bis.

MEXICO, D. F.

Predicación

DOMINICA VIGESIMA PRIMERA DESPUES DE PENTECOSTES

(Matt., 18, 24-35)

Oblatus est ei unus qui debebat ei decem millia talenta.

El siervo tenía una deuda enorme con su señor. Imagen de la deuda que cada uno de nosotros tiene para con Dios.

Dios es el Rey y llama a sus criados a cuentas. ¿Qué responderíamos hoy, si Dios nos llamase a su tribunal?

1. — Somos siervos y no podemos pagar nuestra deuda por nosotros mismos. La deuda de nuestros pecados es una deuda infinita, que pide reparación infinita.

El pecado es deuda muy grave, porque es una rebelión contra Dios, una desobediencia formal a su ley y a su voluntad; porque es un desprecio de Dios por la preferencia que se da a la criatura, objeto del pecado, sobre el mismo Dios.

Porque es una ingratitud hacia Dios Padre y Bienhechor infinito. El pecado es deuda grave por la multitud de ellos. *In multis offendimus omnes.* Jac., 3, 2, en pensamiento, palabra, obra, omisión.

2. — Habrá que dar cuenta de la deuda. *Voluit rationem ponere cum eis.* ¿Cuándo, cómo? Dios lo sabe. Se muere. *Liber scriptus proferetur. Scrutabor in lucernis.* Entonces ya no habrá misericordia.

3. — ¿Qué tengo que hacer desde ahora? Lo que hizo el siervo. Se humilló profundamente. *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* Confesó su deuda; no la negó; no se excusó de ella. Hacer esto en el Sacramento de la Penitencia.

Prometió satisfacer: *patientiam habe in me, et omnia reddam tibi.* En la expiación de una vida buena, cristiana; y también: «perdonad y seréis perdonados».

DOMINICA VIGESIMA SEGUNDA DESPUES DE PENTECOSTES

(Matt., 22, 15-21)

Reddite quæ sunt Dei, Deo.

Es de justicia. *Domini est terra et plenitudo ejus. Tui sunt coeli et tua est terra. Domini est... orbis terrarum et universi qui habitant in eo.* (Ps. 23).

Dios es Creador, Redentor, Conservador; y tiene derechos universales y absolutos.

1. — Debemos a Dios el homenaje de nuestros bienes. Los recibimos de él; nos servimos de ellos, según la ley y la voluntad de Dios.... Dios quiere la limosna para las obras de celo y de piedad, para los pobres y para las obras de caridad.

2. — Debemos a Dios el homenaje de nuestro cuerpo. *Rescitis quia templum Dei estis? Si quis violaverit templum Dei, dis-*

perdet illum Deus. Glorificate et portate Deum in corpore vestro.
3. — Dededos a Dios el homenaje del alma. Esta es la imagen de Dios en nosotros. Hay que conservarla, perfeccionarla, elevarla con la santidad y con la gracia hacia Dios perfecto y Santísimo.

In ipso vivimus, movemur, et sumus.

DOMINICA VIGESIMA TERCERA DESPUES DE PENTECOSTES

(Matt., 9, 18-26)

Ecce princeps unus accessit. El jefe de la sinagoga nos enseña el modo de orar.

1. — Su oración es atenta. Se acerca a Jesús con gran respeto; y, sencilla y humildemente hace su petición. Esta actitud debe tener nuestra oración, atención, respeto, concentración del alma.

Es humilde; de rodillas delante de Dios, somos polvo y ceniza. Así lo sentía el publicano; por el contrario el fariseo soberbio, no oraba.

Es confiada. No duda del poder y de la bondad del Señor. Es la oración del buen ladrón: *Memento mei, cum veneris in regnum tuum.* Al contrario, dice Jesús a Pedro: *modicæ fidei, quare dubitasti?* y a los Apóstoles: *usque modo non petistis quidquam.*

Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ.

2. — La petición de Jairo. Pide por lo que más amaba, su hija: Cristo, *pertransibat benefaciendo et sanando omnes, en el cuerpo; en el alma.*

Podemos pedir los bienes temporales. *Mendicitatem et divitias ne dederis mihi: tribue tantum victui meo necessaria; ne forte satiatas illicitarum ad negandum, et dicam: quis est Dominus? aut egestate compulsus furer, et perjurem nomen Dei mei.* (Prov., 30, 8-9). El Padre Celestial sabe que de *his omnibus indigetis.*

Pero más necesitamos los bienes espirituales. Es lo que más amamos o lo que más debemos amar. Eso lo pedimos para nosotros y para los prójimos; y Dios *dat affluenter omnibus postulantes a se.*

3. — La petición de Jairo fue cumplida por el Señor. Pidió como debía hacerlo un hijo con su padre. *Amen dico vobis, quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.*

Qui recte petit accipit, quando debet accipere. Quænam enim non negantur, sed ut congruo dentur tempore, differuntur. (S. Agustín). *Clamabit ad me et ego exaudiam eum. — Invocavi Dominum et exaudivit me.*

Pero dice San Agustín: muchas veces pedimos «male aut mala».

DOMINICA VIGESIMA CUARTA DESPUES DE PENTECOSTES

Fiesta de Cristo Rey

Véase en este número de «CHRITUS», el artículo «Cristo Rey» del Sr. Pbro. D. José González Brown.

SECCION DOCUMENTAL

Diocesanos

● MEXICO. — Circular N° 17. — 20 de Agosto de 1940. —

1. — Por el Edicto Diocesano recientemente publicado, dió a conocer S. Excia. Rvma. a ustedes, que la Escuela Oficial de Música Sagrada de la Arquidiócesis, ha sido fundada e inaugurada bajo los auspicios y protección del Sacratísimo Corazón de Jesús y de la Inmaculada Virgen María de Guadalupe. Y ahora les exhorta a que cooperen a la existencia y sostenimiento de dicha Escuela, enviando alumnos a ella, de preferencia niños, ya que se desea sean éstos los primeros que se formen en el Canto Sagrado y Litúrgico. Les hace saber igualmente, que al enviar alumnos a la Escuela, deberán ayudar mensualmente con elementos pecuniarios, pues no podría subsistir de otra manera el aludido Establecimiento.

Además, aprovechando esta oportunidad, S. E. Rvma. encarece a ustedes, que no omitan esfuerzo alguno en la preparación de candidatos en cuanto sea posible, bien seleccionados, para el Seminario Conciliar, puesto que cada vez más se deja sentir la falta de Sacerdotes. Por tanto, esta necesidad cada día mayor, ha obligado al Excmo. Sr. Arzobispo a recomendar a ustedes, la urgente preparación de jóvenes para que puedan ingresar al Seminario el curso próximo.

● TEHUANTEPEC. — Circular N° 44. — 23 de Agosto de 1940. — Celebrándose en este año, el LXX Aniversario de la declaración del Castísimo Patriarca Señor San José, como Patrono Universal de la Iglesia Católica; (8 de Diciembre), ordena, organicen todas las parroquias, festejos religiosos y profanos para celebrar tan fausto acontecimiento; como novenarios, consagración del hogar a San José, comuniones, concursos literarios, etc.

Recomienda también a ustedes, el libro que lleva por título: «Quién fue Juan Diego», escrito por el Excmo. Sr. Dr. D. Jesús Manríquez y Zárate, Ob. tit. de Verbe; dirigiendo sus pedidos al Sr. Pbro. D. Lauro López Beltrán, - Matamoros N° 4, Cuautla, Mor.

● BAJA CALIFORNIA. — Edicto. — 15 de Agosto de 1940. — Jesucristo vino a la tierra a redimir a la humanidad perdida por el pecado, con su vida purísima y su muerte ignominiosa; vino a enseñarnos su doctrina divina que completando la Revelación que Dios había hecho a los hombres, transformaría la sociedad purificando las costumbres. Quiso Nuestro Divino Redentor, fundar mediante su Iglesia, una sociedad nueva, en que las almas creyendo los mismos dogmas y teniendo las mismas reglas morales, entraran por el camino seguro que las conduciría a su destino final.



Pasará mucho tiempo hasta que sus piecitos puedan llenar los zapatos de usted.

Mientras tanto, ¿qué precauciones ha tomado para que él llegue a ser hombre?

Asegure usted su futuro con un título del

Banco Capitalizador de Ahorros, S. A.

Pida usted informes al

Primer Banco Capitalizador fundado en México

Venustiano Carranza 46 y 48, apartado 62-bis, México, D. F.

por medio de este cupón:

Nombre

Dirección

Lugar CH

La humanidad había perdido el recuerdo de la Revelación primitiva «toda carne, según expresión de la Escritura, había corrompido sus caminos». Un grosero materialismo se había apoderado de los hombres.

La moral, que ha siempre tenido una base dogmática, se encontraba por consecuencia del desbarajuste de las ideas, en un estado lamentable.

En medio de esta desconcertante confusión de ideas y de esa vergonzosa corrupción de costumbres, vino el Hijo de Dios y se hizo hombre en el seno virginal de María, quedando Ella siempre virgen y verdadera Madre de Dios. Venía Jesucristo Señor Nuestro a revelar al hombre sus verdaderos destinos, a enseñar a la humanidad los dogmas que debería creer y la moral que debería practicar para conseguir su fin: amar y servir a su Creador en esta vida y mediante esto, encontrar la paz sobre la tierra y morir con la dulce seguridad de una vida fuera, eterna y feliz.

Se levantaron contra Cristo los poderosos de su nación. Trataban de discutir con El y quedaron derrotados en el campo doctrinal por la sabiduría divina de sus respuestas y la voz elocuente de sus milagros. Buscaron entonces otros medios, los encontraron y por fin, vieron un día, al Divino Nazareno, suspendido de un madero, agonizar con dolores indecibles y morir trágicamente.

¿Qué quedaba del Nazareno? Un cadáver ensangrentado. Una Madre viuda, huérfana y desamparada y unos cuantos discípulos medrosos, pobres, ignorantes, entre los cuales había habido un traidor. Mientras que los otros habían huido desamparando al Maestro.

¿Quién hubiera dicho que aquellos once pobres podrían hacer triunfar al Divino Crucificado? Y sin embargo así fue, Cristo predicó en Palestina a unos pocos hombres, pero mandó a sus apóstoles a que le conquistaran el mundo, los había preparado amorosamente tres años, para esta santa empresa. Los apóstoles a su vez deberían morir al cabo de algún tiempo, y era necesario evangelizar mientras hubiera hombres sobre la tierra. Cristo Nuestro Señor determinó que los apóstoles tuvieran sucesores, que obispos y sacerdotes vinieran a ocupar el lugar que aquellos dejaron al irse de este mundo y que, con la doctrina en la boca y el amor en el corazón, fueran a todos los lugares a través de los siglos, enseñando el Evangelio.

Y todos los siglos y todos los lugares, han visto a los apóstoles del Crucificado: en toda la redondez de la tierra se ha predicado su doctrina. Y si después de veinte siglos no todos los hombres han oído la buena nueva, se debe a que los apóstoles no han sido suficientemente numerosos.

¿Quién podría sin embargo contar los beneficios, efecto de esa predicación?

La doctrina de Cristo predicada, creída y practicada suaviza las costumbres, hace florecer las virtudes; la honradez se hace

habitual, los hombres se consideran como hermanos, se ayudan en sus necesidades y viven más felices.

Las ceremonias del culto católico, llenas de simbólica belleza, tienen no sé qué de atractivo y agradable, algo tan sugestivo, que los mismos que no creen, no saben sustraerse a su encanto.

La doctrina de Cristo, aun considerándola humanamente, es una grande ventaja para los que la profesan. Ella responde de modo categórico a las grandes cuestiones que siempre han preocupado a la humanidad y a las que nunca supieron contestar, ni los más sabios filósofos; da la tranquilidad al entendimiento, lleva la paz al corazón.

Nuestra patria se asemejaba en lo que a crueldad y bajeza de costumbres se refiere al antiguo Imperio Romano.

Vinieron los misioneros y la civilización llegó en México hasta donde llegaron ellos. En los sitios a donde no fue el Misionero, se encuentran aún la barbarie o a lo más una semicivilización. Los esfuerzos de nuestros gobiernos no han sido suficientes para educar a nuestros indios.

Mucho se ha calumniado al clero. No vamos a negar que haya habido y haya obispos y sacerdotes que no han cumplido con sus deberes y que se hayan apartado del camino de lo recto y santo. Todos somos hombres sujetos a errores y pecados; pero todo mundo debe también admitir que del Calvario para acá, no ha habido nada grande, noble, santo, en que no hayan intervenido sacerdotes.

Para el católico, el sacerdote, es el emisario de Dios. Nacemos con el pecado original y el sacerdote al bautizarnos nos hace hijos de Dios y nos abre las puertas de la Iglesia, sociedad de las almas: si llegando al uso de la razón manchamos nuestra inocencia con faltas personales, si el remordimiento nos atosiga, ahí está el sacerdote con sus poderes formidables, puede perdonar nuestros pecados: en el sacramento de la penitencia, abre sus labios y viene a nuestra alma con el perdón, la paz y la alegría. Sube el sacerdote al altar, pronuncia palabras misteriosas y viene a morar entre nosotros Jesucristo, bajo los velos candidos de su Eucaristía y podemos acercarnos a El y el sacerdote nos lo da y permite que Cristo descienda a nuestro pecho y que sea Jesús Sacramentado el alimento de nuestras almas.

Cuando el hombre trata de realizar su vida formando su hogar, allí está el sacerdote que al bendecir el amor que aquellos dos seres se juran, lo dignifica, lo eleva y lo pone a descubierto de las mudanzas y veleidades del corazón humano. En las horas amargas, en los problemas crueles de la vida, bien sabe el católico que el sacerdote encuentra un amigo desinteresado y un consejo prudente. Por fin, cuando es preciso partir de este mundo, allí va el sacerdote a hablar de vida inacabable a los que sienten la inminencia de la muerte. Y aun después de muertos, el sacerdote bendice nuestras tumbas y acompaña a nuestros muertos como nos acompañará mañana a nosotros mismos.

El sacerdote pobre, calumniado, despreciado de muchos, continuará sobre la tierra la obra de Jesús mientras el mundo existe.

Aquí en nuestro queridísimo Vicariato de la Baja California, ha habido siempre una grande escasez de sacerdotes. Es preciso que ese mal se remedie. La Baja California necesita sacerdotes según el Corazón de Dios, necesita sacerdotes santos y sabios.

Para esa necesidad, hemos proyectado abrir un seminario en el que puedan formarse en la ciencia y en la virtud, jóvenes nacidos en el Vicariato, que lo amen como a su propia tierra, que conozcan mejor el medio en que deberán trabajar más tarde; jóvenes que sientan en su alma los altos ideales del sacerdocio católico. Queremos que el Seminario lleve el nombre de la Virgen Santísima, Reina, Señora y Madre del Vicariato de la Baja California, y así se llamará: «Seminario de Ntra. Sra. de la Paz».

Nos faltan elementos para tamaña empresa, pero nuestra confianza en la maternal protección de María y en la generosidad de los fieles del Vicariato, es absoluta; y podemos anunciar que, Dios mediante, abriremos este año el Seminario de la Baja California en la Ciudad de Ensenada.

El Santo Padre Pío XII, en su audiencia que nos concedió el 9 de Octubre pxmo. pasado, nos recomendó esta empresa y la Congregación de Propaganda Nos alentó a llevarla a cabo.

Dado en Ensenada, a los 15 días del mes de agosto, festividad de la Asunción de Nuestra Madre Santísima, en el año del Señor de 1940.

Felipe Torres Hurtado, Admor. Apco. de la Baja California. — Pbro. Modesto Sánchez Mayón, Oficial Mayor.

BONETES

DE ACABADO PERFECTO

Carmen Soto Ibarra

2^a Cíprés, 58. — Tel. Mex. Q-09-59. — México, D. F.

PARA SACERDOTES: Tela negra de lana, borla y torcos de seda negra. Cualquier tamaño: \$ 7.00.

PARA SEMINARISTAS: Tela negra de lana, borla azul de estambre, torcos sencillos. Cualquier tamaño: \$ 4.00. En cantidad, precio convencional.

Mande su pedido por correo o por teléfono, indicando el tamaño que desea. Este lo puede saber, midiendo el rededor de la cabeza con una cinta métrica y podrá ser: 55, 56 y 57 cms. o más.

Obras Litúrgicas de la "Casa Marietti"

BREVIARIUM ROMANUM. — Novissima Editio Taurinensis 1939, amplificada juxta typicam. — In 18 (10 x 16 cms.). — N° 301. — Chagrén negro, ángulos redondos, cantos rojos y estuche de tela. Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 100.00. N° 302. — Chagrén negro fino, cantos y líneas marginales doradas y estuche de tela. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 122.00. — N° 303. — Marroquín muy fino, con cantos y líneas marginales dorados, 4 registros y estuche de tela. Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 138.00.

BREVIARIUM ROMANUM. — Totum in Fasciculos. — Editio III Taurinensis 1938. — In 32 (8 x 14 cms.). — Juxta Typicam. — N° 305. — Chagrén negro, con título dorado, cantos rojos, 4 registros y estuche de tela. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 38.00. — N° 306. — Chagrén negro, con título dorado, 4 registros, estuche de tela y cantos dorados. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 42.20. — N° 307. — Marroquín negro muy fino, 4 registros, con estuche de tela, cantos, título y líneas marginales dorados. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 47.60.

MEMORIALE RITUUM. — Pro aliquibus præstantioribus sacris functionibus persolvendis in minoribus ecclesiis. — N° 346. — Tela, con título dorado y cantos rojos. — Ejemplar: \$ 2.20.

MISSÆ DEFUNCTORUM. — Editio I Taurinensis, 1946, in 4 max. 30 x 22 cms. — Juxta typicam. — N° 321. — Tela negra, con cruz y adornos plateados y registros al Canon. — Ejemplar: \$ 6.80. — N° 322. — Pegamoide a modo de marroquín, con cruz y adornos plateados y registros al Canon. — Ejemplar: \$ 7.60.

MISSÆ DEFUNCTORUM. — Editio IV, 1937, Taurinensis, in 4 parva. — 28 x 20 cms. — Juxta typicam. — N° 323. — Tela negra, con adornos muy bien hechos y cruz plateada. — Ejemplar: \$ 4.40. — N° 324. — Pegamoide a modo de marroquín, con adornos y cruz plateados. — Ejemplar: \$ 5.00.

MISSALE ROMANUM. — Editio I Taurinensis, 1939. — In 4 max. — 30.5 x 22 cms. — Juxta Typicam. — N° 315. — Media piel roja, con cruz y título dorados, registros de seda al Canon y cantos rojos. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 62.20. — N° 316. — Media piel roja, con cruz y títulos dorados, registros de seda al Canon y cantos dorados. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 73.20. N° 317. — Chagrén rojo fino, con cruz, adornos, títulos y sellos dorados en ambas caras, con registros de piel al Canon y cantos dorados. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 113.20. — N° 318. — Marroquín levantino rojo, con sellos e imágenes finisimas en ambas caras, registros de marroquín muy fino al Canon, adornos dorados en el margen interno y cantos dorado fino. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 141.20.

MISSALE ROMANUM. — Editio IV Taurinensis 1940. — In 4 parvum. — 19 x 27 cms. — Juxta typicam. — N° 329. — Media piel, roja, registros de seda, títulos, adornos, y cantos dorados. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 28.40. N° 330. — Chagrén Rojo, con título y adornos dorados, registros de piel y cantos dorados. — Con Propio de México. — Ejemplar: \$ 41.20.

«BUENA PRENSA»

Donceles 99-A. — México, D. F. — Apartado 2181.

UNICAMENTE se hacen los envíos C. O. D. o por correo reembolso, o enviando el importe al hacer el pedido; en este último caso, los gastos de correo son por nuestra cuenta.

Libros y Juicios

● **HISTORIA DE LA NACION MEXICANA.** — Por el P. Mariano Cuevas, S. J., Decano de la Academia Mexicana de la Historia. — 29.5 x 21 cms. — 1.042 págs. — De venta en «Buena Prensa». — Donceles 99-A. — Apartado 2181. — México, D. F. — Ejemplar: \$ 30.00.

El P. D. Mariano Cuevas, S. J., escribió un libro de mérito indiscutible: «HISTORIA DE LA NACION MEXICANA». Lo publicó en magnífica edición la Casa Porrúa de esta Capital.

Acabo de leer la obra. Aprendí mucho rectifiqué algunos errores míos, confirmé varios puntos que en otros autores me parecen vagos; dilucidé temas no bien definidos; uní hechos que antes estaban disociados y enfoqué, con perspectiva segura, algunos periodos de nuestra Historia.

Espero que a otras personas enseñará mucho esta obra monumental; deseo que todos mis lectores conozcan, estudien y comenten estas páginas luminosas y ardientes. Por eso escribo.

ASUNTOS NUEVOS. — El historiador no inventa, no puede inventar. Si eso fuera, ya no sería historia su narración.

El P. Cuevas, en cuanto a lo rigurosamente cierto: personas, hechos, lugares, fechas, se atuvo a lo que en realidad sucedió.

Pero, además, trata en varios capítulos muchos otros temas de los que no han hecho mención, que yo sepa, otros autores.

En el capítulo II (pág. 16. - fig. 14), de la «Pre-historia» hace reflexiones sobre un hallazgo de dos estatuillas de Acajutla.

En el capítulo III, pág. 25, hace referencia al origen común de nuestras tribus aborígenes y las del Perú. Estudió las etimologías de algunas palabras.

Dice en el capítulo X, pág. 93: «Con inspiración espontánea homérica, parecida a la de los versos de las vascongadas, cantaban desde el fondo del alma, elevándolos y depurándolos, los primeros que en torno de ellos prodigaba la naturaleza en nuestro pintoresco y florido, y preciosísimo valle de México. Sabían hablar con las aves, con las rosas y con las estrellas; dialogaban dulcemente, con seres invisibles;

se sentían hermanos del sol y del agua cristalina y de los luceros titilantes. Gemían y sollozaban en paz de una belleza suprema y ese Creador de todo, ese TLOQUEMAHUAQUE. «Dios inmenso», aparece como fondo vivo y luminoso de la gran creación que visumbra sus almas».

Me parece natural la pintura psicológica que hace de los primeros conquistadores en el capítulo II de la «Parte Segunda».

A esta misma parte pertenecen los otros cinco nuevos que toca: la fisiognomía de Cortés y de su padre D. Martín (pág. 158); los trabajos, esfuerzos y sacrificios de los «fraileros». El autor la llama «nuestra primera independencia» (pág. 224).

Nos habla en la pág. 236 de los méritos del agustino Fray Andrés de Uráneta y de D. Miguel López de Legazpi y Gorrochástegui..., pariente de Fray Juan de Zumárraga. Juzga verosímil, que como Capitán de Navarra, halla militado al lado del Capitán Iñigo López de Rocalde «que allí mismo empezó a ser San Ignacio de Loyola».

Intitula el autor «primer y razonado intento que con apostólica energía (26 de Nov. de 1662) envió a la corona, el gran Obispo de Oaxaca D. Alonso de Cuevas y Dávalos». (pág. 3; 2).

Acaba en la pag. 359 al Virrey D. Antonio Flores, por su cariño a los mexicanos, por el escalón militar que formó y por las oportunidades que ofreció a los criollos.

En la «Tercera Parte» de su Historia, el P. Cuevas sigue tocando temas que no he leído en otros libros.

Elogia al historiador Alamán. — Dice en la página 668: «Alamán, que hasta por boca de sus enemigos es llamado hombre notabilísimo, es sin duda el mejor político que ha tenido la nación. Tenía ante todo por su fe cristiana y por antecedentes de familia, educación y modo de ser de gente noble. Hombre de estudio, de mucha y va-

riada lectura y gran conocedor de nuestra historia, nos dejó su monumental HISTORIA DE MEXICO, la mejor que hay de cuantas se han escrito hasta ahora, aunque no podemos convenir en algunos de sus puntos de vista, muy explicable por otra parte, en su persona».

«Alamán tuvo un eclipse en los sucesos de Iruvilde, debido sin duda, a la famosa «psicología de las masas», que en forma de frenesí, no sólo él, sino a otras personas honradísimas cegó por aquellos momentos».

Sin embargo, en la pág. 440, lo inculpa de haber admitido como auténtica la proclama «comunista» de Morelos. No fue tal.

Menciona en la pág. 511 al sabio Padre jesuita Bernabé Cobo que desde el Perú vino a México.

Me parece muy interesante el capítulo XXIII en el que nos habla de Poinsett y de sus actividades en contra de nuestra Patria.

Nos revela en la pág. 545 cómo el mismo Poinsett trató de elevar al arzobispado de México, sin conseguirlo, al inquieto y masón P. Alpuche.

Aborrecibles aparecen los traidores que en el conflicto con los Estados Unidos, aplaudieron la invasión infame (pág. 642 y sig.).

En la pág. 737 nos habla el autor de los tratados de Comanfort con el judío Jecker.

Continúa transcribiendo párrafos de la carta de Forsyth (pág. 754).

Por ella sabemos las intrigas del Gobierno de Norte América frente a los patriotas nuestros.

Debemos agradecer los mexicanos al autor, que nos haga saber lo que se contiene en un documento «secreto, no logrado de Mc Lane a Lewis Cass que encontró en el archivo «secretísimo de Washington» (pág. 787).

Por traición cae Querétaro (pág. 921 y sig.). En este capítulo arroja datos que no se conocían.

Nos explica en la pág. 974, cuál es el significado de la conocida frase «mátalos en caliente».

PATRIOTA. — La historia que acabo de leer revela el cariño del autor por México; cariño y preferencias que funda en los datos, nobleza e historia de nuestra Patria.

Raro es el capítulo en el que no refiere algunos rasgos ciertos por los que debe enorgullecerse el mexicano.

En las páginas que dedica a los indios hace la apología de nuestras razas. Léase el capítulo X de la Primera parte.

Los trece grabados policromados que publica en el mismo capítulo revelan el aprecio distinguido que tiene el P. Cuevas por los indigenas.

Con ardor elogia a Cuauhtémoc en la pág. 165 y sig. en contra de Cortés. Sería yo interminable si aludiera a los pasajes en los que exalta a las razas de México.

METODO. — Instruye el libro del que me ocupo, por su claridad, sencillez, lógica y método. Tiene golpes de vista de síntesis y análisis. Da una mirada de conjunto; hace descubrir lo principal que atrae y mueve a lo circunstancial. No convierte la Historia de México en la historia militar del País. Refiere los hechos de armas con el mayor detalle posible; pero los hace girar sobre ideales e instituciones.

Las personas, por mayor relieve y fuerza que tengan, son actores que libremente concurren a desarrollar algo en los escenarios de la vida nacional. Valor muy grande dan a esta historia que dedique varios capítulos al progreso científico, artístico, industrial y comercial de cada época.

Llama la atención sobre imprentas, bibliotecas, colegios, escuelas, hospitales; etc. Sobre costumbres, navegación, vestuario, diversiones y hasta sobre toros. Explica aquello de la excomunión en que, según algunos timoratos, incurran los toreros.

¿Qué obra humana no tiene defectos? Esta indudablemente los tendrá. Ojalá que las personas competentes los señalen con recta intención, sin apasionamientos ni ofuscaciones.

Este libro significa el trabajo, la tenacidad y el esfuerzo de muchos años, unidos al claro talento y a la vasta cultura del P. Cuevas.

El libro mide 29.5 x 20 cms.; tiene 1.040 páginas. Consta de tres partes: Primera: — «Epocas pre-hispánicas», con 10 capítulos; Segunda: — Dominación española, con 39 capítulos; Tercera: — México independiente, con 45 capítulos. Abarca hasta la caída de D. Porfirio Díaz. El 13 de Agosto de 1940, se terminó de imprimir el libro en los «Talleres Tipográficos Modelo», Ciudad de México.

José Cantú Corro.

● **DECISIONES SANCTÆ SEDIS DE USU ET ABUSU MATRIMONII.** — Collegit P. Hartmann Batzill, O. S. B. — 21 x 14 cms. — 40 págs. — De venta en «Buena Prensa». — Donceles 99-A. — Apartado 2181. — México, D. F. — Ejemplar: \$ 1.60.

El autor reúne en 40 páginas unas 90 Decisiones que la Santa Sede ha dado, desde 1679 hasta 1930, sobre los abusos del matrimonio, principalmente sobre el anismo, y sobre el uso de la continencia periódica. Dos decisiones tenemos sobre este punto, dadas los años 1853 y 1880. Ya se tenía, pues, entonces algún conocimiento de la actual teoría Ogino-Knaus-Smulder, de que se habló en la Revista «CHRISTUS» del mes de Marzo. Como consecuencia de todas estas decisiones, el autor saca 11 conclusiones al fin de

su opúsculo, con llamadas a las Decisiones Apostólicas. Esta Colección mucho puede ayudar a los confesores, porque a muchos no les es fácil consultarlas en los libros donde se encuentran dispersas, y porque la grage que ellos tengan de ella el conocimiento y delicadeza de la materia exigida. Es, pues, de desear que esta Colección esté en manos de todos los sacerdotes y aun en manos de los médicos.

Luis Vega, S. J.

● **INICIACION A LA FILOSOFIA DE SANTO TOMAS.** — Por un grupo de especialistas bajo la dirección de E. Peillaube. Traducción del francés por Pedro M. Bordoy. — 23.5 x 15.5 cms. — 372 págs. — De venta en «Buena Prensa». — Donceles 99-A. — Apartado 2181. — México, D. F. — Ejemplar: \$ 13.00.

La obra escrita bajo la dirección de Peillaube, es lo que su título indica. Una mera iniciación a la filosofía tomista, dedicada, como lo dice el prólogo a los que desean conocer las doctrinas comunes de la filosofía tomista, en medio del descuido de lo que suele llamarse corrientes filosóficas modernas.

Como iniciación debía limitarse, y se limita la obra, a dar un conocimiento elemental de los términos frecuentemente usados en el tomismo, y del sistema, así como de las afirmaciones centrales de dicho sistema. En este sentido y para el fin que se pretende, la obra está bien lograda. Claro es que hay más de una afirmación que disputarían los conocedores o bien

que sea de Santo Tomás, o bien que sea del sistema tomista, y no de los tomistas posteriores, o bien que sea verdadera. Claro es asimismo que más de una afirmación apenas llega a un grado de probabilidad, y que hubiera sido de desear que los autores, aun en los límites que imponía a la obra su especial finalidad, indicaran a lo menos, el grado de certeza de las afirmaciones o de las diversas partes de la doctrina. Podrían por falta de este cuidado ser los lectores, especialmente los principiantes, inducidos a errar, creyendo que todo tiene el mismo grado de certeza y de valor científico.

Eduardo Iglesias, S. J.

● **CATECISMO EXPLICADO CON GRAFICOS Y EJEMPLOS.** — Daniel Llorente. — Quinta Edición. — 22 x 14 cms. — 472 págs. — De venta en «Buena Prensa». — Donceles 99-A. — Apartado 2181. — México, D. F. — Ejemplar: \$ 5.00.

«El gráfico es el rey del procedimiento pedagógico», dijo Sirot y en verdad suscita y sostiene la atención de los niños, quienes aplican mejor sus sentidos y recogen sugerencias sa-

ludables. D. Daniel Llorente, en esta obra, pone sencillos gráficos que pueden fácilmente ser repetidos por los catequistas y catequizandos en el pizarrón.

firmemente: cada grabado trae su explicación obvia y conformándose al método dialogado, que coopera grandemente a la mayor atención y provecho de los catequizandos. Luego pone algunos ejemplos acordes y a la altura infantil. Esta es la quinta edición de las lecciones que aparecieron primero en la Revista Catequística de

Valladolid. Dice el Autor que quien no quiera utilizar el método de gráficos, puede usar de las explicaciones, mas nos parece conveniente aconsejar a los Catequistas, ensayen este método: fácilmente reconocerán su bondad. Un gran servicio a la Obra Catequística es el que se ofrece en este libro. B. A. Paredes, SS. CC.

● **LECCIONES DE HISTORIA ECLESIASTICA.** — Daniel Llorente. — Para los Alumnos de Segunda Enseñanza y los del Grado Superior de Catequesis y Colegios. — Cuarta edición. — 18 x 12 cms. — 216 págs. — De venta en «Buena Prensa». — Donceles 99-A. — Apartado 2181. — México, D. F. — Ejemplar: \$ 2.00.

Teniendo en cuenta lo que dice el Catecismo de S. S. Pío X: «Lea el cristiano, con sencillez y humildad, un buen compendio de Historia Eclesiástica y verá a su madre, la Iglesia, resplandecer con los caracteres con que nuestro Señor ha distinguido a la única verdadera Iglesia que El fundó... La historia hace potente el cumplimiento de las promesas de Cristo... y el valor doctrinal, apologético y educativo de la Historia Eclesiástica, el pedagogo Llorente presenta en 28 lecciones toda la Historia de la Iglesia, desde San Pedro hasta la Santidad de Pío XI, agrupando los hechos al rededor de algún personaje, por lo general, evitando nombres y fechas que entorpecen el aprendizaje y siguiendo el método psicológico; prepara al auditorio y reúne las enseñanzas con las anteriores; expone la cuestión por tratar; la explica o comenta; hace la recapitu-

lación con preguntas retrospectivas y usando el encerado, para llegar a la aplicación práctica. Como es natural, el Catequístico de Valladolid hace hincapié en los personajes o hechos españoles, hasta «los incesantes triunfos de nuestro glorioso y heroico ejército y milicias, que van reconquistando ciudades y pueblos, que «ha de dar mayor vigor y frondosidad al árbol santo de la Iglesia en España».

Sin olvidar que, conforme el Motu Proprio de Pío XI, 29 de junio de 1923, una de las materias que deberán de estudiar los Catequistas es la Historia Eclesiástica y viendo la claridad y método de la presente obra, esperamos sea acogida esta cuarta edición, con entusiasmo y agradecimiento, tanto por los Catequistas y sus Maestros, como por los catequizandos.

B. A. Paredes, SS. CC.

CHARLES M. SCHWAB,

hombre de talento y dinamismo extraordinarios, que pudo llegar a ser el más rico de Norte-América, a no estar dotado de singulares cualidades morales, a los 50 años de trabajo, calificaba lapidariamente de «piratas» a quienes por envidia o inmoderado afán de lucro, pregonan ser los primeros, los únicos capacitados para lo mejor, y tratan de probar su acierto desacreditando lo que hacen otros; y daba gracias a Dios, por haber él contribuido a acabar por entonces con esas prácticas comerciales que denuncian necedad y torpeza en los negocios.

Así lo conceptúa también el V. Clero de nuestro país, cuando escucha las diatribas de los «piratas» contemporáneos en contra de las Velas de Cera «VERITAS», y las sigue prefiriendo por su excelente calidad, como lo ha hecho desde hace más de 20 años. Las fabrica Juan J. Prada, en la casa núm. 16 de la calle de Sanía de Santa Bárbara. — Colonia de la Verónica, de México, D. F.